

Gonzalo Navajas

El manuscrito Durutti



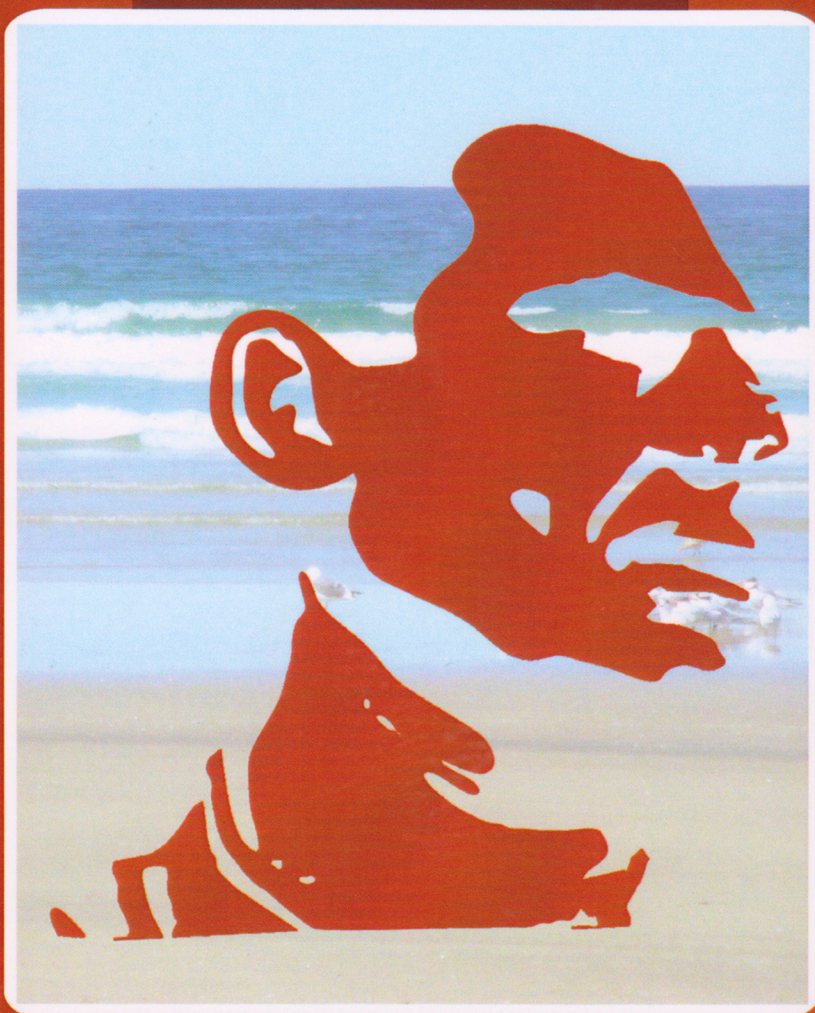
Este libro, avanza una arriesgada y provocadora aproximación a uno de los periodos intelectual y emotivamente más sugestivos de la historia moderna española y europea: las cuatro primeras décadas del siglo XX.

EL MANUSCRITO DURRUTI es más que un libro sobre la trayectoria ideológica y existencial de Durruti. Se centra, sobre todo, en la relación intensa y dramática del líder anarquista con su ciudad de adopción, Barcelona. Esa relación está vista a través de la mirada, a la vez renovadora y sorprendente, de un joven historiador norteamericano que llega a la ciudad impulsado por sus ilusiones personales y académicas y debe contrastar sus expectativas con la para él inesperada realidad del momento.

Combinando técnicas narrativas diversas, *EL MANUSCRITO DURRUTI* revive la crónica de una época y una ciudad deslumbrantes.

Gonzalo Navajas

EL
MANUSCRITO
DURRUTI



Gonzalo Navajas

EL MANUSCRITO DURRUTI

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.orgateneo_nachobiblioteca.html



CONTENIDO

NOTA

I. PRIMER RELATO

II. LA MEMORIA NOSTÁLGICA

III. HIPÓTESIS CONTRA-HISTÓRICAS

IV. LA DESOLACIÓN DE EL DORADO

Acerca del autor

NOTA

Este es un libro de ficción. Aunque bastantes de los personajes y hechos aludidos en la novela se corresponden con los históricos, este no es un libro de historia ni está concebido con un propósito de certeza histórica. Se propone más bien hacer una lectura imaginativa y crítica de un segmento especialmente turbulento de la historia del siglo XX que, más allá de las versiones convencionales establecidas, sigue presentando un reto interpretativo a la mirada actual.

I. PRIMER RELATO

Mi abuelo murió el verano de 1967 en Barcelona. Era marmolista y, operado de lo que debía ser una operación rutinaria de próstata, sufrió complicaciones pulmonares causadas por una silicosis crónica que había contraído en su trabajo. La silicosis está causada por la absorción del polvo que despiden el mármol al ser cortado y esculpido para darle la forma requerida. Mi abuelo había emigrado desde Novelda, un pueblo de la provincia de Alicante, a Barcelona poco después de que los acontecimientos de la Semana Trágica de 1909 envolvieran a la ciudad en la convulsión de una rebelión popular generalizada. Al poco de llegar a la ciudad, mi abuelo hizo varios tipos de trabajos de ocasión hasta que finalmente encontró ocupación como aprendiz en un taller de talladores de mármol. Le pagaban dos céntimos al día por una jornada laboral de diez horas. Al tiempo que aprendía su oficio, mi abuelo se hizo miembro del sindicato de marmolistas que estaba dominado por la CNT, la Confederación Nacional de Trabajadores, que él me decía era el sindicato anarquista más poderoso e influyente en el mundo laboral de la ciudad. Mi abuelo se llamaba Daniel Estela, y no dejó nunca la profesión de marmolista ni su implicación en la CNT hasta que las tropas franquistas entraron en Barcelona en enero de 1939.

Mi abuelo me contaba relatos e historias extraordinarias en torno a su vida en el barrio del Poble Sec, donde un día conoció al azar a una de las figuras más icónicas y controvertidas de aquellos años desmesurados, exultantes y sombríos, llenos de agitación, esperanza y miedo:

Buenaventura Durruti. De todos los hechos y figuras que colmaban sus relatos, nadie se igualaba con el perfil de Buenaventura Durruti que, me aseguraba él, se había convertido en una figura mítica, incuestionable y casi sagrada para todos los trabajadores de la ciudad.

Mis fantasías de niño y adolescente se llenaron de los hechos y palabras de Durruti, transmitidos a través de los relatos admirativos de mi abuelo. Luego, la acción del transcurso imprevisible del tiempo me llevó muy lejos de la ciudad de mi abuelo. Me hice profesor de Historia en una universidad americana e impartí cursos y seminarios en torno a ese periodo crítico en la historia de Barcelona y sus gentes. En todos ellos, como un palimpsesto oculto, estaba sumergida la persona de mi abuelo y de su icono legendario. Mi mundo se ha hecho confortable y pacífico, muy alejado de la turbulencia de una urbe que siempre visualicé como la ciudad de las bombas, la rosa de foc, a la que he regresado numerosas veces y en la que he seguido viendo siempre un hogar familiar contradictorio, a la vez íntimo, violento y bello.

II. LA MEMORIA NOSTÁLGICA

El inicio de esta crónica se corresponde con un proyecto sobre la biografía y las ideas del revolucionario anarquista, Buenaventura Durruti, que había ido postergando durante demasiado tiempo. Yo era estudiante en un *college* del sur de California y, después de largos años de posponer repetidamente mi proyecto de tesis que me hubiera permitido conseguir finalmente mi título de doctorado, decidí que había llegado la ocasión de no aplazar más lo que se había convertido en imperiosamente inaplazable. Hablé con el director de mi tesis, le planteé que, fuera como fuera, tenía que defender la tesis para finales de año, me compré un billete de avión a Barcelona con la fecha de regreso abierta y me puse a amasar libros y notas desperdigadas aquí y allá para mi proyecto.

Mis compañeros de universidad me habían dicho que dedicarme a trabajar sobre Durruti era una idea descabellada ya que, además de no encontrar nada nuevo sobre él, el proyecto podía perjudicar mis opciones de futuro profesional, nadie va a querer contratarte, me decían, cuando has trabajado sobre una figura tan peligrosa y controvertida como un anarquista profesional que había estado condenado a muerte de por vida por sus crímenes de sangre, por las bombas y atentados en los que había estado implicado, por sus enfrentamientos con la policía y la justicia en Francia y varios

países latinoamericanos. Era mucho más cómodo, insistían, que hiciera una tesis como tantas otras sobre Galdós o Unamuno o, si quería adentrarme en un autor más moderno, podía elegir a Cela o Martín Gaité. Con ellos se me abrían las puertas del éxito. Bastante difícil era ya encontrar un trabajo como para complicarse las cosas con la vida y andanzas de un anarquista que exaltaba la violencia y que hoy sería fácilmente equiparado con un terrorista temible. *Quit, man, quit*, me aconsejaban mis amigos. Haz otra cosa más fácil, un tema sin tantos problemas y yo intuía que, de alguna manera, ellos tenían razón. Trabajar sobre Durruti era no solo perder el tiempo, sino también quedar señalado con la mancha siniestra del anarquismo, en una época en que la etiqueta de terrorista era un lastre del que uno ya no podía liberarse una vez quedaba contaminado por él.

¿Por qué había persistido, entonces? ¿Por qué seguir insistiendo en una causa sin futuro de la que no podía obtener más que disgustos y dificultades? Mis razones eran fundamentalmente tres y sobre ellas se apoyaba la motivación de mi, al parecer, absurdo proyecto. La primera era Alba, la segunda, la memoria de mi abuelo y la última era un irresistible sentimiento de añoranza por un pasado que yo había enaltecido y que había demostrado ser más poderoso que mi voluntad.

Alba me había alentado a escribir una tesis para mi doctorado en historia intelectual europea que tuviera algún sentido dentro del vacío estéril de la panoplia de trabajos que quedaban abrumados por el olvido nada más habían pasado la prueba del comité de tesis. A mi abuelo no lo había conocido

nunca, pero, en la crónica que transitaba de boca en boca en mi familia, mi abuelo ocupaba un espacio privilegiado con un aura mítica de héroe que había combatido con los grupos anarquistas en la época de la Barcelona libertaria de los años treinta y la guerra civil española. Por su parte, la nostalgia era mi consuelo personal, íntimo y privado, para dulcificar o moderar mi pérdida y abandono de la convicción en las grandes creencias que habían iluminado el siglo XX en el que, para bien o para mal, yo había nacido y que retrospectivamente, en mi posición de historiador en ciernes, finalmente no habían ocasionado más que decepción, sufrimiento y muerte.

Mi proyecto sobre Durruti era tal vez imposible, lo intuía, escribir una biografía crítica de una figura llena de incertidumbres y lagunas que iban desde su turbulenta trayectoria sindical y política a las confusas circunstancias de su muerte en Madrid en 1936. Pero me negaba a resignarme a ese destino al parecer fatídico. Yo quería, como historiador, ser imparcial y objetivo frente a un tema complejo y polémico; quería escribir la historia de una vida dedicada a la utopía, el sacrificio y la violencia, pero al mismo tiempo estaba dispuesto a mantenerme fiel a mi futura profesión de historiador y no dejarme envolver por los panegíricos ideológicos que conducían a las manifestaciones exaltadas más que al estudio objetivo y fiable de una figura de dimensiones sobrehumanas. ¿Era posible considerar a Durruti como un visionario de grandes ideas y ambiciosos proyectos sociales que sobrepasaban sus enormes defectos que lo llevaron incluso a la criminalidad? O ¿frente a Durruti, solo era apropiado adoptar la perspectiva de la heroicidad y considerarlo como una figura

sobrehumana que, en su excepcionalidad, había alcanzado la intemporalidad y quedaba por encima del bien y del mal?

Ante todo, tenía que hallar una definición convincente del núcleo de mi proyecto, una caracterización fiable de mi figura a partir de la cual yo pudiera construir mi tesis. ¿Quién era Buenaventura Durruti? La verdad era que había acumulado muchos datos sobre él, había consultado libros y documentos sobre su época, había contrastado su vida y su tiempo con el de otras figuras contemporáneas suyas. Había recolectado numerosos datos y referencias sobre él, poseía información abundante que me parecía fidedigna en torno a su infancia y juventud, sobre su trayectoria sindical y política, sobre su entrega a la causa de la revolución y su triunfo momentáneo en la Guerra Civil, pero, en última instancia, no sabía a qué atenerme con claridad y precisión con relación a él. Durruti seguía siendo un enigma para mí y me sentía bloqueado a la hora de ponerme a escribir y concretar mis ideas de manera definitiva. Con frecuencia, me sentaba delante del ordenador y transcurría el tiempo sin que pudiera escribir más allá de unas líneas que finalmente acababa reescribiendo para acabar borrándolas.

Según Alba, lo que me faltaba era la determinación para empezar a escribir el primer capítulo de mi manuscrito para el que tenía ya toda la información necesaria en lugar de seguir aplazándolo una y otra vez por miedo a fracasar en un proyecto que no llegaba nunca a materializar de manera visible. Durruti, el luchador sindicalista, el activista anarquista que, a causa de su muerte precipitada y prematura, se había beneficiado de la oportunidad, negada a otros, de inmortalizarse en el panteón

de las figuras aciagas de un siglo y un tiempo que a mí me parecían trágicos y violentos más que gloriosos. Unos días me concentraba en Durruti, el héroe, el mártir inmortal de la causa libertaria, el creyente entusiasta del ideario anarquista y otros me dominaba una visión más siniestra de una figura que abogaba la violencia y había sido perseguido por la justicia de varios países por crímenes que yo no podía apoyar o defender. Los dos perfiles se entremezclaban confusamente en mi mente y me habían impedido avanzar en el proyecto y finalizarlo de una vez por todas.

Alba mantenía que la explicación de mi falta de determinación es que yo había abandonado mi motivación inicial, que era investigar el ideario del anarquismo y ver en Durruti la figura que lo había llevado a cabo hasta las últimas consecuencias a través de la revolución, el sacrificio personal y la muerte. El aura de Durruti debía prevalecer así por encima de todas las críticas y reservas que, según ella, en última instancia no eran sino una manifestación de decadentismo intelectual. Alba se había educado en algunas de las mejores universidades privadas del país y el anarquismo era una manifestación de rebeldía contra una estructura social y política que le repugnaba, pero de la que al mismo tiempo se beneficiaba ampliamente. En mi caso, el anarquismo era algo distinto, era la evocación de un tiempo remoto y misterioso en el que yo podía proyectar mi insatisfacción y hallar una compensación en un periodo singular en el que mis frustraciones podían quedar al menos momentáneamente resueltas.

Para mí, Durruti eran memorias, frases sueltas de mi abuelo, escuchadas en las conversaciones familiares, un eco lejano que había alimentado mis sueños de infancia y que, al cabo de los años, podía convertirse en una realidad más genuina y completa a través de mis investigaciones de historiador. Durruti era la única posibilidad que yo tenía de conectar con un perfil de grandeza y heroísmo que yo entreveía en otros y que no podía realizar más que de manera vicaria a través de ellos, y en este caso a través de este hombre de cualidades contradictoriamente sobrehumanas.

En mí, la nostalgia era el sentimiento motivador todopoderoso. Acabaría mi tesis sobre Durruti, viajaría a Barcelona, Francia, Bélgica y Argentina y los otros países en los que él había vivido y actuado y donde había sido temido y perseguido. Un siglo caótico y violento como ningún otro me ofrecía a uno de sus iconos más turbulentos para redimirme a mí mismo al entrar en contacto con una grandeza que, aunque no era la mía, me otorgaba unas dimensiones humanas de las que yo mismo carecía. Mi trabajo tenía que seguir una trayectoria bien delimitada, debía demostrar que Durruti era ciertamente una figura controvertida y ambigua. Para algunos había sido un hombre violento, tal vez incluso un asesino, pero para otros era un héroe mítico incontestable que había sabido combatir por los intereses de los demás con las únicas armas que poseía: la convicción de sus ideas y la entrega absoluta a la causa de las masas que se había propuesto defender frente a una opresión secular.

Yo era un historiador, movido por el pensamiento más que por la acción, y me inspiraba en lo que él representaba y lo que

había significado para mi abuelo y sus compañeros. Necesitaba de sentimientos como la nostalgia y la admiración para salir de mi estado letárgico y pasivo y para demostrarle a Alba que era capaz no solo de empezar sino también de concluir el proyecto que había iniciado bajo su advocación e inspiración. Además, tenía que demostrarle a ella que podía, si no resolver, por lo menos elucidar con mayor claridad el enigma de la muerte de Durruti y desenterrar los vestigios de su tumba destruida en el cementerio de Montjuic al final de la Guerra Civil.

Yo era un estudiante de historia europea y española especializado en los años treinta del siglo veinte. Con anterioridad, había hecho un año en Derecho y otro en Filosofía con resultados solo mediocres hasta que finalmente había encontrado lo que me parecía era mi porvenir profesional definitivo: el estudio de la historia del viejo continente y en particular de España. Para ello me había motivado sobre todo una compañera de aula que tenía, sin duda, unos objetivos profesionales más claros que los míos. Se llamaba Alba y procedía de una familia italiana que vivía en Connecticut. Ella había querido dedicarse a la Historia ya desde los diecisiete años cuando, en su último año en el high school, había tenido un profesor de Historia carismático y genial del que se había enamorado irremisiblemente y cuya pasión había encauzado hacia la misma profesión de un maestro tan maravilloso como inalcanzable.

Alba era todo lo que yo no era académicamente: sabía lo que quería hacer, sabía cómo hacerlo y se había trazado una trayectoria precisa de cómo conseguirlo. Alba me había dicho que le interesaba la historia de Europa de entreguerras porque

contenía enfrentamientos gigantescos de ideas y de hombres y mujeres de dimensiones excepcionales que nuestra época había perdido. Se veía a sí misma como capaz de traer el pasado al presente con sus futuros libros, de manera que todos comprendieran lo ya ocurrido y concluido como vital y decisivo en sus propias vidas. Alba era la seguridad y la determinación y yo siempre me había movido en el territorio de las brumas de la indecisión. Ella poseía la perspicacia y la convicción que yo ansiaba para mí mismo y por ella me hice o pretendía hacerme historiador.

El proyecto Durruti había surgido de modo gradual a medida que se habían ido aproximando las fechas de mis exámenes de doctorado y mi director de tesis, el profesor Robertson, me había ido aconsejando sobre la dirección que podía tomar mi investigación para la tesis una vez hubiera pasado satisfactoriamente la fatídica prueba de los exámenes. Mi trabajo consistiría en escribir la biografía política de Durruti, determinar el origen y la causa de su oposición a un sistema político y social que había traicionado las esperanzas de su padre en su trabajo como curtidor y carpintero y luego a él lo había encadenado a la vida inhóspita y hostil de las minas en la provincia de León durante las dos primeras décadas del siglo XX.

Durruti había nacido en 1896 y el destino que le había asignado su tiempo le obligó a experimentar de manera directa o indirecta todos los enfrentamientos políticos y sociales de principios del siglo XX, desde la Semana Trágica de Barcelona en 1909 a la revolución rusa en 1917. El profesor Robertson me había dicho que tenía que investigar en particular el enigma no

resuelto de la muerte de Durruti el 20 de noviembre de 1936 en plena defensa de la ciudad de Madrid en contra de los ataques de las tropas franquistas. Hacer una biografía crítica y renovadora en torno a las ideas políticas de Durruti y el desciframiento del misterio en torno a su muerte, ese era mi cometido, pero para mí Durruti era algo más que un tema de investigación, era sobre todo el modo de proporcionarme una contrarréplica de lo que yo mismo era, vivirme de otro modo, u otorgarme de manera indirecta unas cualidades humanas que yo no tenía porque había vivido en un tiempo y unas condiciones personales y colectivas muy diferentes. Intuía que Durruti era una figura heroica imperfecta, que la admiración hacia él no era universal, que para algunos había sido una figura temida y que, justa o injustamente, recaía sobre él la responsabilidad de atentados, robos y asesinatos, pero Durruti había tenido una cualidad que a mí me parecía absolutamente excepcional y era su capacidad de entrega a los demás, su dedicación, extraordinariamente generosa, a la causa de la suerte de los otros. Eso le convertía para mí en uno de los hombres recuperables del siglo XX, una época en la que yo había encontrado una superabundancia de personajes visionarios que, bajo el pretexto de la imperativa imposición de grandes proyectos colectivos, habían causado innumerables daños a la humanidad. Durruti había muerto como un héroe de todos y su entierro multitudinario por las calles de Barcelona y en el cementerio de Montjuic constituía una prueba incontestable de su magnetismo y grandeza.

A diferencia de Alba, para quien Buenaventura constituía un modelo absoluto para nuestro tiempo que requería de hombres desinteresados como él, yo veía en Durruti la víctima

de una época cruel e injusta contra la que él se había rebelado con los únicos medios de que disponía: la acción directa y violenta en lugar de la negociación y la vía pacífica que en ese momento parecían a muchos procedimientos demasiado blandos y, en última instancia, fútiles. Durruti se había negado a la resignación, había luchado contra todo y contra todos en clara inferioridad de condiciones y había logrado, más allá de su falta de educación y preparación intelectual, hacerse oír y obtener el reconocimiento y la dignidad para sí mismo y para los suyos.

Alba quería que yo hiciera una investigación que sacara a la luz la grandeza del que para ella era uno de los hombres decisivos del siglo XX, pero yo prefería más bien investigar como historiador los componentes de una figura histórica que me parecía fascinante pero en la que veía huecos y lagunas de sombra e incertidumbre. Me preocupaba en particular la violencia y la advocación a la muerte en las que Durruti había incurrido. Era un mito, sin duda, yo no quería destruir ese mito ni siquiera quería cuestionarlo, quería tan solo situarlo en su posición precisa en la historia de un siglo que era parcialmente el mío y en un tiempo para mí desconocido y lleno de interrogaciones que no había llegado nunca a poder descifrar. Resolver, si era posible, algunos de los enigmas en torno a Durruti y redimirme frente a Alba y frente a mí mismo.

Alba me lo había dicho con claridad, Buenaventura Durruti era uno de los emblemas de una época que para ella era iluminadora y ejemplar porque encarnaba la realización de las ideas más nobles y generosas, y mi tesis sobre Durruti era la manera de justificar mi valor ante ella, un modo de decirle que

compartía sus ideas y que podía estar a la altura de su visión del mundo. Yo conocía los datos fundamentales de la vida de Durruti. Había nacido en León en una familia de trabajadores y su padre había estado implicado en el movimiento socialista del que había recibido sus primeras lecciones en torno a la rebelión frente a un sistema opresor. Uno de sus ocho hermanos había muerto en el levantamiento de Asturias en 1934 contra las tropas capitaneadas por el general Franco, que demostró ya allí su capacidad para las acciones implacables que tendría ocasión de poner de nuevo en juego dos años después durante la Guerra Civil.

Durruti había tenido una vida breve -apenas cuarenta años- de enfrentamientos y luchas sindicalistas empleando procedimientos en los que la violencia y la represalia eran un componente que yo no podía ignorar. Había leído sobre su participación en atracos a bancos, y en particular su posible implicación en el asesinato del cardenal Juan Soldevila en Zaragoza en 1923 como venganza por la muerte de Salvador Seguí, El noi del sucre, que había tenido lugar en Barcelona bajo las órdenes de la patronal y la aquiescencia del tristemente célebre gobernador de Cataluña, Severiano Martínez Anido. El de Durruti era un historial prolongado de violencia y muerte que yo rechazaba, pero, al mismo tiempo, significaba también la dedicación a un programa de combate para superar las condiciones de los trabajadores que, como mi bisabuelo, habían padecido sin ninguna esperanza de redención.

Junto a ese Durruti, estaba el de la resistencia y la negativa a la claudicación, la lucha con su amigo y compañero Francisco

Ascaso en el cuartel de las Drassanes de Barcelona contra las tropas del general Goded que, gracias al esfuerzo de hombres como Durruti, pudieron ser derrotadas. Ascaso murió en ese enfrentamiento, el 20 de julio de 1936 y Durruti siguió la lucha en el frente de Aragón y posteriormente, bajo instrucciones del mando militar republicano, en Madrid, que estaba amenazada gravemente por las tropas franquistas del general Varela y la legión Cóndor.

En el sitio de Madrid, Durruti actuó, como siempre, con valentía y gran entrega personal y murió en esa ciudad el 20 de noviembre. Las circunstancias de su muerte son confusas y están todavía por dilucidar, aunque es posible que muriera a causa de la traición de un combatiente de las tropas republicanas contrario a sus ideas. Después de su muerte, la leyenda de Buenaventura estaba asegurada. La muerte trágica engrandece y exalta a los hombres, los transforma en héroes incontestables y los eleva a un Olimpo inigualable.

Había presenciado su entierro por las Ramblas de Barcelona decenas de veces y me había conmovido con Alba ante la presencia de cientos de miles de personas que voluntariamente, y no forzados o intimidados por la presión del poder, habían llenado las calles de la ciudad para dar la despedida a quien consideraban como un hermano en la lucha por mejorar su condición. Yo presenciaba todo esto en un tiempo y en un país que estaban muy alejados de aquellas imágenes, que en realidad no tenían ningún punto de contacto con ellas, ya que el mundo no había evolucionado del modo en que Durruti había querido y previsto y en el que había creído de manera tan inequívoca como ciega.

Contemplaba a la multitud bajar desde Plaza Cataluña, Ramblas abajo, algunos con el puño cerrado en alto, otros cogidos por el brazo en un gesto de hermandad y de fuerza, otros a caballo o en coche, con ofrendas florales, entre banderas rojas y negras de la CNT y la FAI, con pancartas y carteles, como los que veía ahora en la pantalla de mi ordenador, con inscripciones del Sindicat de la Fusta dedicadas a Durruti i la lluita antifeixista. Veía también a Lluís Companys, con abrigo, sombrero y corbata, junto a Joan García Oliver, el anarquista convertido en Ministro de Justicia en virtud del movimiento revolucionario, todos ellos solemnes y tristes. La comitiva llegaba en ese momento al monumento a Colón al final de las Ramblas, que había sido ocupado por la multitud, con hombres encaramados encima de las estatuas de los mayestáticos leones, hacinados en las escalinatas hasta el pie de la columna dedicada al Almirante, diciendo adiós al hombre que se había negado a toda rendición y negociación y se había opuesto férreamente al levantamiento militar, acompañándolo hasta su tumba en el cementerio de Montjuic, junto a los mausoleos y criptas ostentosas de los mismos grandes patricios de la ciudad que habían ordenado su persecución. El mito, yo me había apasionado con el mito y el fervor multitudinario pero, como historiador, debía trascender ese mito e ir más allá de él y descubrir sus enigmas. El líder de la columna Durruti, que había llegado a incorporar a seis mil hombres en el frente de Aragón y había actuado con bravura y éxito en el campo de batalla, había dejado de existir y su palabra y sus actos habían dejado de ser para significar solo para la historia y el recuerdo, una memoria que se había ido perdiendo con el tiempo y que mi tesis debía contribuir a reivindicar.

Para el profesor Robertson, Durruti era una combinación de revolucionario y terrorista cuya oportunidad histórica había llegado en los años frenéticos de la revolución en las calles de Barcelona cuando él se había dedicado al triunfo del ideal de defensa de los derechos de los que nunca habían poseído nada. Los anarquistas, me decía mi profesor, sufrían de un enorme desfase entre sus grandes y nobles principios de justicia para los desfavorecidos y la realidad de la carencia de medios para conseguir sus objetivos. Fracasaron en Barcelona, entre otras razones, porque no supieron hallar la capacidad para el compromiso y la negociación que les hubiera llevado a una mejor utilización de sus recursos y fuerzas. Durruti y la columna que fue con él al frente de Aragón poseían extraordinarias valentía y entrega, pero carecían de experiencia y organización frente a unas fuerzas con mayor capacidad militar. Y el experimento social que pusieron en práctica estaba destinado al fracaso más allá de la nobleza de sus intenciones.

Yo escuchaba a mi profesor y, aunque teórica e intelectualmente concordaba en parte con él, no podía ser esa la orientación de mi estudio. Durruti era también un tema personal. El suyo era un tiempo lejano del mío, pero lo necesitaba para otorgar la plenitud a una vida que carecía de ella. Mi proyecto se había convertido para mí en una obsesión, algo que debía resolver si no por otra cosa para responder a mis amigos y compañeros de universidad que me ridiculizaban por llevar años inmerso en un proyecto al que no le veían una orientación clara y al que no le encontraban justificación en el medio académico. Qué haces trabajando sobre un anarquista revolucionario catalán, argüían con sorna, olvidado de todos y que además no tiene ya ningún atractivo en medio del pánico

antiterrorista en el que vivimos. Durruti era lo que es Bin Laden hoy, lo tuyo no tiene futuro, insistían, nadie querrá contratarte en ningún trabajo, les darás miedo, te verán como un peligroso revolucionario, cambia de tema...

Había tenido que soportar esos comentarios numerosas veces, de unos y otros, al principio les contestaba, irritado, que Durruti era una figura imprescindible en el contexto revolucionario de los años treinta, que sin él no podía comprenderse el movimiento sindical de España y Europa en esos años, su proyección era internacional, insistía yo, había sido activista en Francia, Argentina, Chile y México, era venerado en todas las redes anarquistas del mundo, se había comportado como un héroe al servicio de su clase social, y, a diferencia de otros políticos del momento, él no había comprometido sus principios y siempre había sido fiel a la causa obrera... Pero era inútil, no había remedio, había perdido la batalla con ellos y la única manera de probarles que estaban equivocados era mostrarles la tesis concluida, defenderla brillantemente y que el tribunal de defensa de la tesis me concediera una nota excelente, graduación con honores por unanimidad.

Y estaba, además, Alba, para quien yo había sido incapaz de integrarme ideológicamente en el proyecto, según ella, yo no creía en la causa anarquista y era poco menos que un traidor por cuestionar y juzgar críticamente aspectos de la conducta de Buenaventura Durruti que para ella era incuestionable. Durruti había entregado su vida por los trabajadores luchando contra las fuerzas del fascismo en primera línea siempre, en el frente de Aragón, en Bujaraloz, arrancándoselo de las manos a las

tropas de Franco, en la defensa de Madrid después, siempre consciente de que, como él decía, a los que no poseían nada nadie iba a ayudarlos. Durruti era pueblo y estaba dedicado íntegramente a ese pueblo y supo defenderse en una Barcelona hostil y caótica contra fuerzas muy superiores a él, y yo debía destacar y exaltar esa faceta heroica de Durruti al que había conocido gracias a ella.

Después de una relación inestable y accidentada con rupturas e interrupciones frecuentes, Alba y yo nos reencontramos imprevistamente durante una estancia mía en España con una beca de estudios de posgrado que la fundación Fullbright me había concedido para la ampliación de estudios. Yo me había establecido en Valencia, pero me gustaba ir con frecuencia a Barcelona. Cogía el tren temprano por la mañana y estaba en tres horas en la estación de Sants. Para mí era un gozo el poder pasar unos días en una ciudad que me parecía cautivadora por el ambiente multitudinario y heterogéneo de sus barrios y calles. Frente al orden y la limpieza clínicas de las ciudades del sur de California, donde había vivido y estudiado durante casi toda mi vida, Barcelona me ofrecía una cacofonía de ruidos y olores, voces y lenguas que me hacía sentir renovado y revitalizado como si vivir mereciera la pena de verdad. Solo el pasearme por las calles angostas y oscuras de la zona del puerto más allá del paseo de Colón y llegarme por los vericuetos del barrio de la Ribera hasta Santa María del Mar i el Born, constituía para mí la expansión inusitada de una vida que sabía confortable pero limitada en sus opciones.

Las calles, las avenidas y los edificios no eran partes inertes de un todo que los absorbía y devoraba sino que poseían un

espíritu propio con numerosos sedimentos únicos de historia por descubrir. Durante mi estancia en la ciudad, dormía poco pues estaba demasiado excitado y alerta como para pasar el tiempo en la cama. Prefería pasear, observar, ver y escuchar a la gente que hablaba en lenguas diferentes y tenían aspectos tan distintos de aquellos a los que yo estaba habituado en California. Una mañana, estando de visita en la iglesia de Santa Ana, junto a la parte alta de las Ramblas, tuve un nuevo encuentro con Alba. Yo estaba ensimismado contemplando el sorprendente claustro que queda encajonado entre edificios modernos de bancos y almacenes, justo detrás del vasto espacio de Plaza Cataluña. Por la puerta de la entrada vi llegar a Alba acompañada por dos chicas jóvenes con aspecto de estudiantes americanas. Nos saludamos y me dijo que estaba en Barcelona con aquellas amigas que habían llegado a la ciudad participando en un programa de lenguas para extranjeros y vivían juntas en un piso alquilado del Eixample en la calle de Consell de Cent, no lejos del viejo edificio de la Universidad Central. A partir de ahí no dejamos ya la conversación y me uní a ellas en su paseo por el sector antiguo de la ciudad, bajando por Porta del Àngel hacia la plaza de la Catedral donde se celebraba una feria de antigüedades, y luego continuando más allá de Vía Laietana hacia la calle Princesa y la Barceloneta.

Desde ese día, mi estancia en Barcelona se vio definida por Alba y sus amigas hasta mi regreso a Valencia. Con ellas recorrí la ciudad de arriba abajo, desde el barrio de Gràcia hasta el Poble Nou y el puerto. Con ellas fui a Montjuic y, desde la altura de esa montaña que abre la entrada al puerto, contemplé en la neblina del atardecer la llegada y salida de los

grandes buques de turistas y vi más allá de los diques del Rompeolas los barcos gigantescos repletos de containers. Señalando desde la altura las hileras de tumbas del enorme cementerio que bordea la entrada al puerto, Alba me dijo que en ese cementerio estaban enterradas algunas de las grandes figuras de la historia de Cataluña, como Lluís Companys y Francesc Macià y que también había sido enterrado allí Buenaventura Durruti después de su muerte durante la Guerra Civil.

Ese fue mi primer descubrimiento directo de Durruti. Hasta ese momento, yo tenía un conocimiento abstracto de él y Alba me fue ofreciendo hechos de una vida para mí extraña, estremecedora y apasionante a la vez. Muchos ni siquiera sabían quién era Durruti y otros preferían no hablar de él o preferían no hacerlo por temor a las asociaciones y consecuencias que ese nombre podía provocar. Algunos conocían que Durruti era un anarquista revolucionario, para otros era un atracador, un asesino. Lleva ya mucho tiempo muerto, me decían, no, no, mejor no remover el tema..., pero, para Alba, Durruti era una figura incontestable, no solo del pasado sino también del presente porque había sido fiel a sí mismo y había decidido apostárselo todo a los grandes hechos de la historia, y eso lo hacía merecedor de que alguien lo estudiara con profundidad y diera una versión completa de su vida y sus hechos.

Regresé a Valencia ese fin de semana, pero había asegurado ya el contacto con Alba y Barcelona. A partir de ese día, mis viajes a la ciudad de Alba y Durruti se sucedieron con regularidad. Marchaba el viernes por la tarde y me quedaba

hasta el último tren de salida el domingo por la noche. Las tres amigas me habían hecho un espacio en un cuarto trastero del piso y dormía en un saco de dormir. Alba y yo explorábamos la ciudad que conocíamos como extranjeros a partir del cine, el arte y la ficción y nos asociábamos con ella a través de Woody Allen, Antonioni y las novelas de Vázquez Montalbán que habíamos leído en nuestros cursos de cultura española. Pero Barcelona se convirtió para mí sobre todo en Durruti, el anarquismo y la ciudad de las bombas, como era conocida universalmente la urbe en los años treinta.

Por la noche íbamos a las discotecas y no regresábamos hasta la madrugada, lo que para mí, acostumbrado a los inflexibles horarios nocturnos del sur de California, me parecía una novedad revitalizadora y, durante el día, recorriamos y observábamos pormenorizadamente todos los lugares de Gran Vía abajo, tratando de extraer de los grises muros y edificios de la parte antigua de la ciudad el conocimiento directo que los libros no podían darnos por escrito. Nunca había sido tan genuina y primordialmente feliz como en aquellos días en la ciudad de las bombas. Para mí, Barcelona se resumía en Alba, Durruti y los callejones angostos y grises desde la Portaferrija hasta el Molí de la Fusta.

A Alba le debía la revelación de la ciudad desde la mirada del pasado. Ella poseía un conocimiento que me era ajeno y, como los especialistas en palimpsestos antiguos, me ponía al descubierto los diversos sedimentos de la historia de la ciudad, como el que en un libro pone al descubierto textos que habían quedado soterrados bajo la versión más reciente de un libro. Donde yo veía paseantes y turistas, ella veía multitudes unidas

y enfervorizadas al tiempo que me decía con entusiasmo: por aquí caminaban Ascaso, Durruti y García Oliver, y en ese edificio estaba el centro de la FAI, y en ese otro vivió Federica Montseny. Y yo la escuchaba ensimismado con todas y cada una de sus palabras que para mí en ese momento estaban poseídas de la convicción de una verdad sagrada.

Alba era dueña de las claves secretas de una ciudad para mí misteriosa y dependía por completo de ella para mi nueva aventura, pero no me preocupaba esa dependencia porque veía a Alba como alguien superior a mí, que había tenido experiencias más profundas y poderosas que las mías y poseía el conocimiento de un país y una ciudad que a mí se me escapaban de las manos. Yo era doblemente extranjero en aquella ciudad. Estaba meramente de paso en ella, a diferencia de Alba que vivía en su propio piso y podía afirmar que tenía casa y dirección en Barcelona. Además, porque todo lo que sabía de la historia y el carácter de esa ciudad lo había adquirido no por mi propia iniciativa y esfuerzo sino a través de la mediación de aquella mujer que había nacido en Pasadena y cuya madre provenía de aquella ciudad que a mí me fascinaba e intimidaba a un tiempo.

Llegaba los viernes en tren desde Valencia y Alba me estaba esperando en el andén de la estación de Sants. Recuerdo con claridad precisa nuestro primer beso al bajar yo de la escalerilla del tren, abrazándonos como si no lo hubiéramos hecho nunca antes y aquel fuera nuestro primer encuentro. Había visualizado aquella ocasión una y otra vez durante toda la semana y el ver realizado por fin de manera tan auténtica y tangible lo que había sido solamente una imagen enfebrecida

me colmaba de un gozo puro e incontenible, como nunca he vuelto a sentir después.

De la estación íbamos al piso de la calle de Consell de Cent, contándonos todo lo que habíamos hecho durante la semana, incluyendo los detalles más nimios, todo parecía asumir unas dimensiones desmedidas y extraordinarias que se agrandaban por el amor y la pasión. Luego comíamos alguna cosa rápida en el piso y emprendíamos la salida a la noche de la ciudad, por el passeig de Gràcia hacia Plaça Catalunya y Ramblas abajo, hasta que llegábamos a la parte baja de la avenida que por la noche se convertía para mí en un espacio privilegiado y bello en el que mi vida se sentía regenerada. Yo, que había sido siempre abstemio y no había probado el alcohol más que en algunas ocasiones festivas, me dejaba llevar por Alba a bares y discotecas, en particular una que quedaba cerca de la Plaza Real cuyo nombre no recuerdo en la que daban música de jazz. Pero lo que nos atraía sobre todo era divagar bajo el amparo de la noche, anónimos y desconocidos en la urbe de la fiesta y de las bombas, jugando a un juego que habíamos creado para nuestro uso personal y que llamábamos el juego de las huellas de la historia y que consistía en identificar los lugares donde habían estado los personajes de nuestra crónica personal de la ciudad.

Por estas callejas que son adyacentes a las Ramblas y desembocan como afluentes al gran río de las Ramblas se habían acumulado hace ya largos años las multitudes que iban al entierro de Durruti un 23 de noviembre, para Alba infausto, pero también exultante y heroico en el que el cuerpo de Durruti fue trasladado al cementerio. El entierro había sido

programado para las diez de la mañana, pero debido al gran número de personas que desbordaba los límites de la avenida se fue aplazando mientras iba aumentando el gentío en todas las calles de los barrios bajos de la ciudad. En todas partes se alzaban banderas rojas y negras con las letras de la FAI y la CNT, el presidente Companys y el entonces ministro de justicia García Oliver presidían la comitiva y se oía el himno anarquista, *Hijos del pueblo*, y *A las barricadas*. Había pancartas y señales prometiendo venganza contra la muerte del que había sabido sacrificar su vida por una causa en la que todos parecían creer más allá de toda duda y de cuya victoria estaban absolutamente persuadidos.

Yo había reunido ya alguna información sobre Durruti y había aprendido que para algunos él y otras figuras del anarquismo del momento como Ascaso, Jover, y muchos miembros de la FAI, eran simplemente criminales o, como se los llamaría en la actualidad, terroristas motivados solo por el impulso de destrucción y el odio irracional y absoluto a la clase burguesa. Cuando le planteaba mis dudas a Alba, ella me contestaba que Durruti y los anarquistas catalanes se vieron obligados a emplear las armas de la violencia porque estaban enfrentados a un enemigo implacable que se amparaba en su poder y dinero para impedir la ascendencia de los desposeídos que en aquella ciudad, que ahora parecía tan próspera y moderna, habían sido muchos, incluso la mayoría de los habitantes de la ciudad. Es posible que, como mantienen algunos historiadores, Durruti actuara de manera primitiva y violenta en gran parte porque no había podido recibir una educación dentro de la modesta familia en la que le tocó vivir en León, pero había sabido dar dignidad y voz a muchos trabajadores que, como

había ocurrido en la misma familia de Alba, habían vivido en aquellos tiempos difíciles.

Un día Alba me llevó al cementerio de Montjuic para ver la tumba donde estaba enterrado Durruti. Fuimos en autobús hasta la entrada del cementerio y de allí empezamos a andar por la avenida central del cementerio. El cementerio había empezado a construirse a finales del siglo XIX, me dijo Alba mientras caminábamos sin prisa bajo la cobertura de los altos cipreses que se erigían a ambos lados de la avenida. Era mediodía de un día desapacible y plomizo de noviembre. Cuando trajeron a Durruti en noviembre de 1936 la tumba quedó cubierta de coronas y flores que habían donado las diversas organizaciones sindicales y políticas en su honor. Tres años después, a la entrada de las tropas de Franco al final de la guerra, la tumba fue expoliada y destruida por unos grupos de adictos al régimen. A partir de ese momento, como en tantas cosas con relación a Durruti, la ambivalencia e incertidumbre predominaba. He perdido ya la cuenta de lo que ocurrió con esa tumba, proseguía Alba mientras seguíamos subiendo entre los suntuosos mausoleos de las familias de los próceres de la ciudad. El que Durruti fuera enterrado en la proximidad de los que él había combatido toda su vida es un signo de cómo habían evolucionado la situación en los años de la guerra en Barcelona. El deseo de igualdad predominaba por encima de todo lo demás. Probablemente, Durruti no hubiera querido un entierro tan grandioso, pero la presión popular lo quiso así, fue y sigue siendo el entierro más multitudinario de toda la historia de la ciudad, más de medio millón de personas de todos los grupos sociales, enfervorizados en la despedida final de un hombre que, con su muerte, sería elevado a la categoría de

mito, no solo para el anarquismo, sino para todas las revoluciones del mundo.

Estábamos solos en la avenida del cementerio y Alba hablaba sin cesar de esa figura que para ella era incuestionada y para mí era un objeto de estudio que apenas estaba empezando a conocer. En este cementerio, continuaba Alba, están enterrados también Francesc Maciá y Lluís Companys, que se relacionó activamente con Durruti y presidió la comitiva del funeral. Un cementerio de la represión y la venganza, más allá de la ostentación de estas edificaciones pretenciosas de los burgueses catalanes que, incluso en la muerte querían dejar boquiabiertos a los demás con su boato y sus excesos. Una burguesía con la que Durruti se negó a hacer compromisos y que combatió hasta el final a pesar de que después de la defensa de Barcelona en julio de 1936, los anarquistas se vieron obligados a negociar con el gobierno de la Generalitat la trayectoria de la guerra, la organización y la estrategia de la defensa de Barcelona y Cataluña.

Yo estaba absolutamente cautivado con Alba y cualquier cosa que ella pudiera mencionar o sugerir. En ese momento poseía para mí la cualidad intrínseca de una certeza absoluta e incontestable. Mi devoción se extendía a todo lo que ella deseaba y proponía. En la suavidad confortable y segura de mi vida en el sur de California no había sentido nunca ninguna inclinación hacia ninguna causa política o ideológica, ni el anarquismo ni el marxismo ni ninguno de los múltiples movimientos radicales de los años treinta. Mi noción del comunismo y el fascismo era una nebulosa sin contornos ni explicación precisos. Había aprendido el significado del nombre

de Durruti a través de Alba y, cuando nos encontramos frente a la lápida de brillante mármol negro que llevaba grabado el nombre de Durruti junto con su fecha de nacimiento el 14 de julio de 1896 en León y su muerte, cuarenta años después, en Madrid el 20 de noviembre de 1936, advertí que en ese mismo momento había dejado definitivamente atrás los últimos vestigios de mi adolescencia y la frivolidad e inconsistencia que iban unidas a ella. En unos minutos de una verdad directa e irrenunciable, me había hecho consciente de súbito de que vivir no era solamente un juego y una fiesta prolongados infinitamente, una diversión insaciable y creciente, sino que conlleva tiempos y hechos irreversibles y trágicos que determinan y definen la vida de quien los experimenta de manera indeleble. Como ocurría con la muerte enigmática de aquel hombre que había desafiado el peligro en numerosas ocasiones y que, a pesar de los múltiples riesgos que había asumido durante toda su vida, tal vez había muerto de manera casual e imprevista por una bala perdida en el frente de Madrid. Advertí que mi vida al lado de la suya quedaba empequeñecida y minimizada y que, si no otra cosa, mi estudio e investigación de lo que aquel hombre había realizado podía servirme para transformarme a mí mismo y hacerme ser de manera diferente a como había sido hasta ese mismo momento.

La visita al cementerio fue un nuevo punto de partida para mi trabajo en la tesis. Lo que no me aclaró Alba en ese momento es que la tumba que estábamos viendo no contenía en realidad los restos de Durruti y que se desconocía el paradero de esos restos después de 1939. Lo que parece cierto es que su cadáver fue inhumado en esa fecha en la tumba Menor número 69 en

la vía San Juan Bautista, Novena Agrupación y que, posteriormente, la CNT y la FAI construyeron un mausoleo en honor, no solo de Durruti, sino también de su compañero Francisco Ascaso y de Francesc Ferrer i Guardia, que había sido ejecutado en los fosos de Montjuic, acusado de conexión con los hechos de la Semana Trágica de Barcelona en 1909. De ese modo, en 1937, los restos de Durruti, junto con los de su compañero y una figura emparentada con la causa libertaria, parecen obtener los honores que se merecen. Incluso se celebran homenajes en ese mausoleo en 1937 y 1938 que aparecieron consignados en el diario anarquista *Solidaridad Obrera*.



Esta situación cambia radicalmente con la llegada de las tropas de Franco a Barcelona en 1939. A partir de ese momento, el paradero de los restos de Durruti se convierte en

un enigma difícil de descifrar. De lo que creo estar seguro ahora es de que la tumba que Alba me enseñó en Montjuic no contiene los restos auténticos de Durruti y que probablemente esos restos, como los de Ascaso, no se hallarán nunca. La tumba de Durruti fue saqueada en 1939 y su memoria fue borrada de la historia pública de la ciudad y del país como si no hubiesen existido nunca. Tan efectivo ha sido ese intento de eliminación de sus datos que incluso en la actualidad no hay referencias en las calles de la ciudad de Barcelona a la existencia de este hombre, mientras que existen por doquier nombres de calles y monumentos dedicados a los próceres del periodo.

El mismo día de nuestra visita al cementerio le prometí a Alba que en mi tesis iba a descubrir las claves de los enigmas en torno a Durruti y su movimiento y lo que le llevó a elegir unos procedimientos de actuación política y social que a mí, desde mi perspectiva del sur de California, me parecían difícilmente comprensibles y no transferibles ya al mundo actual. Me interesaba, sobre todo, comprender la figura humana de Durruti, lo que le había conducido a actuar como había actuado y abogar por un tipo de actuación que era contrario a mis principios pacifistas. Durruti había recurrido a los métodos violentos, argüía Alba, porque se había visto forzado por las circunstancias extremadamente hostiles en las que había tenido que moverse toda su vida. Su vida tuvo que desarrollarse contra el hostigamiento con que él y otros muchos hombres de su época tuvieron que enfrentarse, además de frente a la implacabilidad de grupos sociales antagonistas. Eso fue lo que le llevó a la violencia y a la destrucción y, por tanto, su actuación fue legítima y necesaria,

según ella. Además, insistía, cuando llegó el momento de defender los principios y la causa por los que él había abogado, lo hizo sin reservas y hasta con el sacrificio final de su propia vida.

Instintivamente yo no estaba de acuerdo con Alba porque la violencia no me parecía un procedimiento válido para obtener unos fines por nobles que estos fueran, pero al mismo tiempo sabía que casi todos los cambios políticos decisivos de la historia han ocurrido después de un levantamiento violento, entre ellos, la independencia de mi propio país hace más de doscientos años. Ocurre que a veces ese levantamiento puede conducir a una mayor violencia o injusticia que la precedente y el siglo XX era representativo de esta realidad. A pesar de mis tímidas objeciones, Alba disponía de ascendencia sobre mí, y mis dudas y cuestiones se acallaban cuando salíamos de paseo por la ciudad y su encanto se apoderaba de los dos envolviéndonos de manera apaciguadora. Mi vida esos meses consistía en Alba, Barcelona y Durruti, y con esos tres componentes yo me veía colmado por completo. Cada día pasaba más tiempo con ella y, cuando pude buscarme una alternativa viable, me trasladé a vivir a su piso de Barcelona.

Visitaba las bibliotecas de la ciudad en busca de información sobre mi tesis y me pasaba allí horas leyendo y tomando notas sobre un tema que me iba apasionando más y más porque las opciones humanas y existenciales que se plantearon en esos años de sangre y lágrimas me parecían decisivas para entenderme a mí mismo. Yo pertenecía a una época muy distinta, era parte de una generación desmemoriada que había perdido el significado y el sentido del pasado, que estaba

obsesionada con la satisfacción inmediata de las urgencias del presente y para la que todo lo que sabía a pasado era tedioso e irrelevante.

Es cierto que había oído los nombres de Stalin, Mussolini, Bakunin, La Pasionaria o Trotski, pero para mí carecían de resonancia personal, eran una noción abstracta y despersonalizada. Fue en las bibliotecas de Barcelona donde descubrí a Hemingway, Dos Passos y Orwell de manera inmediata y profunda. Leyendo sus libros y sus obras en torno a la guerra civil española, empecé a hacer de lo que para mí había sido solo un espejismo vaporoso del pasado una realidad con nombres y datos y, sobre todo, experiencias e ideas que empezaron a cobrar una presencia y perfil genuinos.

Me impresionaban, sobre todo, las memorias de Orwell en torno a sus actividades en el frente de Aragón donde fue herido gravemente, y luego su presencia en las luchas entre comunistas, trotskistas y anarquistas en las calles de Barcelona en mayo de 1937, que tuvieron consecuencias tan nefastas para las fuerzas de la República. La honestidad y sinceridad de Orwell me hicieron advertir que, tras las ideas y los movimientos políticos que yo leía en los libros de historia, se hallaban hombres de carne y hueso con unas vivencias personales únicas que no podía ignorar. Estaba decidido a hacer historia como Orwell, que nunca fue un historiador profesional, de modo que la figura de Durruti emergiera como un ser humano con su complejidad y ambivalencias, más allá del aura sacralizadora en torno a él.

Desde una perspectiva personal, me iba haciendo cada vez más consciente de que hasta ese momento había estado viviendo en la complacencia y el auto-engaño, pero me faltaban la determinación y la fuerza emotiva que habían tenido esos hombres de una época desgarradora pero excepcional a la vez y que, durante mi estancia en aquella ciudad peligrosa y bella, yo debía inspirarme en esos hechos para transformar mi propia vida. Le escribí al director de mi tesis, asegurándole que finalmente había encontrado el tema definitivo para mi proyecto, que iba a ser Durruti en Barcelona, las relaciones entre Durruti y su ciudad de adopción, y él me respondió dándome su aprobación, sobre todo porque un pariente suyo, que había sido miembro de la Brigada Lincoln, había estado en acción en los frentes de Belchite y Fuentes del Ebro y había estado en las calles de Barcelona en 1937 donde había sido herido y se había quedado allí hasta la despedida final de las brigadas en 1938. Para mi profesor mi tema era una vindicación personal ya que, a su regreso a los Estados Unidos, ese pariente suyo había sufrido persecución y había sido considerado incluso como colaborador de la Unión Soviética, con las consecuencias que ello implicaba en la sociedad americana de la época.

Barcelona consistía para mí estrictamente en el segmento de la ciudad que se extiende desde el centro en Plaza Cataluña hasta el parc de la Ciutadella, el puerto y Montjuic. Con Alba íbamos a cenar a las pequeñas tabernas y bares del Raval y luego paseábamos por sus calles estrechas hasta llegar al Paral·lel y el Poble Sec. Mi profesor me había dicho que el Paral·lel había sido el Broadway de Barcelona en la época de Durruti, para luego decaer irremisiblemente bajo la hipocresía

moralista del franquismo. A mí me bastaban esos recorridos con Alba recordando lo lejos que los dos estábamos de California y lo bien que nos encontrábamos en esa ciudad extraña e íntima en la que los dos habíamos puesto las esperanzas para renovar unas vidas que hasta ese momento nos parecían vacuas. La vida para nosotros se dividía en un antes y un después de Barcelona de la misma manera que para Dos Passos y Orwell su experiencia española en los años treinta significaba un hito decisivo que lo había definido todo para ellos.

A través de Alba conocí a alguien que tenía información fiable sobre Durruti. Se llamaba Manel Guzmán y su padre había militado en el sindicato de marmolistas de la CNT y había conocido en persona a Durruti. Como ya no quedaba nadie directamente vinculado con Durruti, pues casi todos habían fallecido o habían desaparecido, ese contacto me pareció un modo excelente de conseguir datos que ni los libros ni los documentos en las bibliotecas y los archivos podían facilitarme.

Manel Guzmán se había jubilado hacía años, afectado de la misma enfermedad pulmonar que contrajo mi abuelo y que le condujo a su muerte. Vivía en Mollet, un pueblo de las afueras de Barcelona, y respondió a mi llamada por teléfono con entusiasmo diciéndome que, no tenía ya mucho que hacer en su vida y que estaría encantado de recibirme y hablar de su juventud y de lo que sabía de Durruti. Cogí el tren una mañana y me presenté en su piso que estaba junto al río Besós. Vivía solo, su mujer había muerto hacía unos años y sus dos hijos trabajaban fuera de Cataluña. “Me he quedado solo con mis memorias, que son las que me alimentan día a día. La vejez

mira hacia atrás ya que ni el presente ni el futuro parecen muy prometedores”, me confesó, sentado en un sillón en una pequeña habitación adornada con un buen número de fotos en blanco y negro. “A nadie le interesa ya esa época, los primeros en no interesarles son mis hijos a los que ya no les menciono nada de esos años porque me dicen que eso ocurrió hace mucho tiempo y que las cosas han cambiado mucho desde entonces. Y sabe qué le digo, que tienen razón, tal vez es mejor no hablar de esos tiempos en los que se sufrió tanto, en los que, visto desde ahora, todos sufrimos mucho y tal vez podríamos haberlo evitado si se nos diera la oportunidad de hacerlo todo de otra manera.”

La habitación se abría a un patio interior y a un balcón desde donde podían verse las aguas turbias y malolientes del Besós. “Ve usted esa foto, ahí estoy con él, yo era un crío, y ya trabajaba con el mármol desde la siete de la mañana hasta la noche. Era duro, me pagaban una miseria y yo al menos no tenía familia, pero otros tenían hijos que alimentar. El sindicato no solo nos ayudaba sino que nos daba un sentido de fuerza y dignidad y Durruti y otros como él hablaban por nosotros y se enfrentaban a los poderosos y les trataban de tú a tú. Cuando hacía falta luchar, la CNT estaba siempre allí por ti. Sé que hubo desmanes, que algunos se aprovecharon del pequeño poder que el sindicato les había otorgado para cometer abusos, pero sin gente como Durruti la explotación hubiera sido todavía mayor y nos hubieran aplastado a todos. A mí no me gustaba la violencia y siempre he preferido las vías pacíficas pero he de reconocer que los que teníamos frente a nosotros empleaban métodos todavía más duros e implacables que los nuestros. Cuando Martínez Anido fue gobernador de Barcelona cuando

Primo de Rivera, la brutalidad de los que estaban en el poder se recrudeció con la colaboración oculta de la burguesía de la ciudad. Tuvimos que enfrentarnos a los pistoleros del sindicato libre, una organización que se nutría del hampa para asesinar a nuestros representantes. ¿Qué podíamos hacer?, ¿dejarnos matar? Nuestras organizaciones nos defendían empleando métodos similares a los suyos. Durruti y la CNT por lo menos defendían a los más vulnerables. La época de Martínez Anido fue atroz, pero finalmente la CNT afirmó nuestros derechos. Todo esto es incomprensible en la actualidad, nadie quiere oír hablar de ello, les parece demasiado siniestro, prefieren la comodidad de una apacible vida doméstica, y lo entiendo, pero también es importante mantener el recuerdo de lo que fuimos y defender a los que tuvieron el valor de enfrentarse a los que nos oprimían. Yo a los once años dejé de ir a la escuela, el maestro les decía a mis padres que yo valía para los estudios, pero tuve que dejarlo todo y ponerme a trabajar y tuve suerte porque encontré un trabajo que mantuve durante toda la vida, aunque finalmente me costó la salud y tuve que jubilarme bastante joven antes de lo que me hubiera convenido”.

Manel me había servido una bebida y, mientras hablaba, percibía ocasionalmente el ruido monótono y regular de los trenes que pasaban en la distancia. “El entierro de Durruti en Barcelona”, proseguía Manel, “fue una demostración de su gran capacidad de atracción para muchos y no solamente para los militantes de su partido, que le eran incondicionales. Yo estaba allí, y le aseguro que éramos un millón de personas, nunca la ciudad había presenciado un entierro así, había mujeres, niños, jóvenes, hombres con camisa blanca y corbata y gente con el uniforme de la FAI. Había banderas por todas

partes. Estaba Companys y embajadores de varios países y otros hombres políticos del momento. También estaba allí la mujer de Durruti, que después de su muerte marcharía a Francia con su hija, Colette, y sus amigos y colaboradores de siempre. Esa es la prueba de que Durruti era un hombre único y carismático, que inspiraba con el ejemplo. Si todos hubieran sido como él tal vez no habríamos perdido la guerra, porque, a pesar de lo que algunos han dicho, Durruti estaba por encima de todo dedicado a ganar la guerra y hacer la revolución después y creo que eso fue un factor determinante en su misteriosa muerte en Madrid. Durruti era un hombre incómodo por definición, molestaba a la gente de la Generalitat porque era demasiado puro y no atendía a compromisos, y molestaba también a otros partidos de la izquierda porque no quería someterse a la disciplina y la jerarquía de los otros. A pesar de que tenía el respeto y la admiración incondicional de sus compañeros en el frente, él nunca aceptó ningún título militar, ni general, ni comandante ni capitán, era un hombre fuerte y corpulento e imponía con su voz y sus gestos, no le hacían falta los títulos. Durruti era indomable y solo creía en una causa, que era mejorar la condición de los que, como él, habían carecido de los medios y la educación para abrirse un espacio en sociedad. Fue un paria que no quiso beneficiarse de su condición para obtener unos privilegios que otros hubieran adquirido. Esa es la razón por la que pienso que fue eliminado en Madrid. Yo nunca creí en lo que se llamó la bala fascista que le hizo caer, fue un trabajo interno de los que querían sacárselo de en medio porque lo veían como un impedimento para la revolución que ellos habían diseñado. Ni la tesis del accidente de que se le disparó su fusil imprevistamente, ni la de la bala enemiga me parecen

convincientes. Sé que probablemente nunca sabremos la verdad porque los que estaban con él no quisieron hablar a su debido tiempo, sus razones tendrían. Fueron ellos mismos los que perpetraron el asesinato, los asesinatos políticos fueron comunes en la zona republicana y en particular en Cataluña. Recuerde los enfrentamientos, la revolución dentro de la revolución del 37 en Barcelona. Durruti fue una víctima política más. No es verosímil tampoco que se le disparara su fusil. Durruti conocía bien el manejo de las armas, llevaba meses en el frente y no es probable que se le disparara el fusil con tan mala fortuna que le atravesara el tórax. Durruti fue liquidado porque era un marginado irrevocable y quería permanecer en su condición de independiente sin enrolarse en ningún movimiento, un antisistema hasta la médula pero con la capacidad para la acción efectiva. Como Andrés Nin o Pepe Robles y tantos otros, Durruti fue eliminado por ser independiente y negarse a defender una línea impuesta por los que en ese momento tenían la respuesta absoluta para todo y pensaban imponerla por encima de todos los demás. Creo que en realidad le enviaron a Madrid desde el frente de Aragón donde estaba llevando una campaña con éxito porque sabían que en Madrid, fuera de su entorno, de los compañeros anarquistas que dominaban en Cataluña, sería más fácil quitárselo de en medio. Y lo consiguieron. Les convenía el aura, la santificación de Durruti, convertirlo en un mártir de la revolución para promover el deseo de venganza. Los comunistas siempre pensaron que los anarquistas éramos un estorbo, un impedimento y, muerto Ascaso, solo quedaba Durruti, como el emblema máximo anarquista que había que extirpar de la causa revolucionaria. Durruti, créame, murió a manos de sus enemigos internos que eran incluso más feroces

que los franquistas. No sé si con él vivo, las cosas hubieran ido mejor en la zona republicana, pero, por lo menos, los anarquistas hubieran tenido un líder en el que confiaban incondicionalmente. Las otras teorías en torno a la muerte de Durruti son solo un encubrimiento de la verdad de lo que Durruti significaba en ese momento en Cataluña: la figura incuestionable del momento. No había nadie con más carisma y capacidad de convicción que él. Los demás demostraron ser carne de partido. Para él, su única causa verdadera era mejorar la condición del pueblo y darnos una voz que nunca habíamos tenido antes”.

Mientras grababa las palabras de Manel, miraba la pared de la habitación que quedaba a sus espaldas. Estaba cubierta de figuras de la guerra, gente con mono azul de trabajo desfilando en las calles de Barcelona, el mismo Manel de joven con sus herramientas de marmolista, con el cigarrillo en los labios, jóvenes sonrientes, con el puño cerrado, en alto a veces, otras en camiseta y con gesto firme y decidido. Al oír la voz todavía segura de Manel que hablaba admirativamente de su ídolo, pensaba que aquellas fotos castigadas por el tiempo, por décadas de olvido y miedo, eran un testimonio a lo que un historiador francés que yo había estudiado en mis cursos, Ferdinand Braudel, llamaba el polvo de la historia, la marca precaria pero indeleble de los que habían perdido el combate con la historia, y Durruti lo había perdido no solo a manos de sus enemigos sino también de sus supuestos compañeros de ideas y lucha política.

Manel me decía que lo que más le había impresionado de Buenaventura era que parecía siempre y de verdad un hombre

para el que la vida y el progreso de los trabajadores desposeídos, como el propio Manel, eran más importantes que su propia vida. “No vi nunca en él, aseguraba, un amago siquiera de querer medrar a partir de sus actos, a pesar de que estoy seguro de que podía haberlo hecho. Después del inicio de la guerra y la derrota de los franquistas en Barcelona en contra del general Goded, Durruti era el hombre con más poder e influencia en la ciudad en ese momento y, en lugar de beneficiarse y obtener un puesto con poder político en la Generalitat, como hicieron García Oliver y otros, Durruti va a jugarse la piel en el frente de Aragón y va no como un oficial con estrellas de mando sino como uno más y él y sus hombres consiguen, sin armas y sin medios suficientes, mantener el frente y no asaltaron Zaragoza porque estoy seguro de que los mandos militares no querían que a Durruti se le otorgara la gloria de esa victoria”.

La conversación con Manel me confirmaba lo que había averiguado en mis investigaciones. Si quería escribir una biografía fiable de Durruti tenía que evitar dos cosas: la hagiografía, la reverencia absoluta ante su persona, que lo convertía en una figura intocable. Y también debía prevenirme en contra de su vilificación, demonizarlo desfigurándolo como si fuera un monstruo, un homicida frío, dominado por el odio a los poderosos y en particular a la burguesía y la iglesia. Es cierto que Durruti carecía de formación intelectual, que su visión de la historia estaba simplificada y quedaba reducida al enfrentamiento de dos bandos irreconciliables, y que solo le motivaba la utopía del dominio final de los sin tierra y sin capital. La ignorancia y el fanatismo de los que fue acusado fueron en realidad el producto de las limitaciones de su propia

circunstancia y la de los que, como él, carecieron de todo desde el inicio de sus vidas.

“Los que dicen que la CNT y la FAI cometieron crímenes”, añadía Manel, “estaban parcialmente en lo cierto. Durante mucho tiempo, no quise reconocerlo porque ni yo ni mis compañeros cometimos nunca ningún acto criminal, pero luego he ido informándome y es cierto que algunos compañeros se aprovecharon de la situación nueva de gran poder de que disfrutaban de manera súbita e imprevista y cometieron actos irreparables. Pero no creo que Durruti los aprobara y menos que los ordenara. Durruti estaba interesado ante todo en ganar la guerra y sabía que esos actos eran contraproducentes para la victoria. Odiaba a la burguesía de manera profunda, pues la acusaba de falta de conciencia con relación a los trabajadores, pero sabía también que tenía que colaborar con sus representantes, como Companys, para vencer. Sí, recuerdo el espectáculo macabro del saqueo de los cadáveres de los religiosos en las iglesias, en particular, el de la iglesia de Belén en el carrer del Carme con la profanación de los cadáveres a la entrada de la iglesia. Aunque era joven, eso ya me causaba horror y sabía que a la larga, cuando pasara la efervescencia revolucionaria, tendría consecuencias nefastas para nosotros”.

Manel era un hombre mayor, de pelo completamente canoso, hacía años que se había jubilado y vivía solo, pero no era un hombre amargado y vencido y se emocionaba todavía visiblemente con el recuerdo de esos años que para él constituían el hito fundamental de su vida. Sin esa memoria, la vida de Manel se hubiera visto abrumada por unas

circunstancias que hubieran acabado con su resistencia. Manel, como tantos otros, seguía aferrándose a unos recuerdos que era obvio que para él tenían más realidad e intensidad que el propio presente. “Al acabar la guerra”, continuó, “con la entrada de los nacionales, sabía que estábamos acabados. En la Diagonal, la gente aplaudía a las tropas victoriosas del general Yagüe y es que muchos se habían cansado del caos en la ciudad en los últimos meses de la guerra, los bombardeos, la carestía de todo, el miedo a los espías y las denuncias, el hambre... Algunos incluso, en anticipación de la entrada de los nacionales, habían establecido contactos clandestinos con ellos y les habían preparado el camino para su llegada. Yo no tenía ninguno de esos recursos y, aun teniéndolos, me hubiera parecido inmoral el servirme de ellos, era algo contrario a mis principios. Hubiera podido tratar de marchar, las carreteras estaban llenas de hombres e incluso familias que huían con algunas pertenencias escapando de una muerte segura. Yo no lo hice, me quedé aquí sabiendo que podían matarme. A los dos meses de la llegada de los nacionales, una noche, llamaron a la puerta del piso donde vivía. Eran dos hombres jóvenes vestidos con el uniforme de la Falange, la siniestra camisa azul con el yugo y las flechas. Sabía a lo que venían, alguien me había denunciado, probablemente alguno de mis propios vecinos, y no tenía escapatoria. La pertenencia a la CNT estaba menos castigada que la de ser miembro de la FAI, no pudieron probar ningún delito de sangre y me llevaron a un campo de concentración en Horta donde pasé un año. Luego, gracias a las gestiones del antiguo patrón del taller de marmolería donde había trabajado, me sacaron de allí. Dentro de lo que cabe, tuve suerte, pude reintegrarme al trabajo y sobreviví. Pero el estigma de vencido ya no lo perdí nunca. A veces he llegado a

pensar que Durruti y los que como él murieron en el frente fueron afortunados porque al menos tuvieron la compensación de una muerte heroica, pero a los que nos quedamos no nos quedó más que la humillación y el silencio”.

Mientras oía el relato de Manel, me di cuenta de que mi presencia allí le servía de justificación para su larga experiencia de derrota y sufrimiento. Alguien mostraba interés en su desventura, le prestaba una atención incuestionada y cierta y estaba incluso dispuesto a consignarla por escrito en un libro. Mi tesis sobre Durruti debía incluir testimonios como el de Manel. La historia la habían hecho hombres como aquel que no aparecían en los grandes libros pero que eran esenciales para entenderla. Manel y Durruti eran partícipes de un tiempo muerto y clausurado, sus vidas no interesaban a casi nadie y, no obstante, para mí eran ineludibles para entender no solo una época archivada ya sino también el presente que yo veía íntimamente vinculado con esos hombres para mí excepcionales.

Manel me enseñaba las fotos de la pared de su casa indicándome de donde procedían. “Este era mi hermano”, me decía señalando una borrosa foto en blanco y negro, “que escapó al exilio en Francia y luego marchó a México donde tuvo éxito con un taller de marmolista que montó. Allí fue donde murió, sin volver nunca más a España. Aquí estoy con Joan Forcadas, un tipo estupendo que murió en el frente de Aragón con los restos de la columna Durruti. Este es Durruti con Ascaso en una manifestación durante una de las huelgas de los años treinta... A nadie le interesan ya estas historias, si se las cuento a alguien piensan que soy un viejo anticuado, el país ya no

tiene nada que ver con todo esto y a los jóvenes les dejan sin cuidado estos temas, pero qué puedo hacer, mi vida está hecha de estos hechos, de qué voy a hablar, de que estoy solo y que mi hijo hace meses que no viene a verme y ni siquiera me llama, que a duras penas tengo lo suficiente para llegar al final del mes para sobrevivir, eso es todavía más triste y carece además de la grandeza del pasado. Uno en esa época tenía la convicción de que estaba creando un mundo nuevo con nuestras propias manos, de que todos participábamos en algo común, algo que nos sobrepasaba, que el mundo sería mejor gracias a nuestro esfuerzo. Si no me aferro a estas convicciones, ¿qué me queda?, los programas insulsos de la tele, los reality shows, las chácharas de los políticos de hoy...”.

Cuando concluyó su narración, Manel insistió en que podía volver cuando quisiera a verlo y que él estaría dispuesto a darme toda la información que me hiciera falta. Me indicó donde había vivido Durruti en Barcelona, me dijo que su mujer, Mimí, que era francesa, estaba completamente fascinada con él y que luego, después de la guerra, se había marchado a Francia para nunca más regresar a Barcelona.

Cuando salí del piso de Manel camino de la estación del tren que había de llevarme de regreso a Barcelona confirmé mis ambivalencias respecto al tema de mi tesis: Durruti había cometido acciones que hoy se considerarían equivalentes al terrorismo, actos de sabotaje, atracos, atentados. Desde mi perspectiva actual yo no podía aprobar esos actos que repugnaban mi conciencia de pacifista. Yo era un extranjero en aquella ciudad y aquel país. No podía ni pretendía enjuiciar ni moralizar a unas gentes que habían tenido que sufrir los

estragos de un destino histórico particularmente aciago. Al mismo tiempo, mi trabajo tenía que recoger todos los aspectos de esa figura que había salido malparada históricamente, que había sido derrotado no solo desde el punto de vista de los vencedores bélicos del conflicto de la Guerra Civil sino también dentro de los debates ideológicos que habían caracterizado su tiempo. Durruti había perdido tanto para la derecha como para la izquierda y había muerto justo a tiempo antes de que esas divisiones hubieran destruido su aura y su hálito imperecederos. Buenaventura era demasiado honesto en sus convicciones y estaba tan absolutamente entregado a su quimera personal que no podía eludir la muerte y buscar en el exilio o la huida un amparo frente a las injurias de su tiempo. Durruti tenía que morir en la acción dramática y violenta que era consustancial con él.

Cuando me encontré con Alba aquella noche y le expuse lo que Manel me había contado y en especial que me había dicho que Durruti había muerto víctima de una conspiración de la propia izquierda comunista en contra de él, me dijo que eso era imposible, que los hombres de la izquierda eran demasiado honrados y éticos como para ser capaces de ese tipo de conducta cuando estaba en juego la causa de la revolución. A mí, sin embargo, la conversación con Manel me había persuadido de que la muerte de Durruti escondía algunas de las claves para la comprensión de un tiempo que para mí era fascinante y temible a la vez, ya que había actualizado con toda intensidad algunos de los enfrentamientos más decisivos y confusos de nuestra época. Alba era mi maestra en casi todo y gracias a ella había podido descubrir y experimentar por primera vez en mi vida la fuerza de la pasión vital e intelectual,

pero el manuscrito Durruti debía ser mi trabajo personal y el testimonio que yo presentara en él se correspondería con mis investigaciones y principios, los que yo mismo estaba empezando a descubrir.



III. HIPÓTESIS CONTRAHISTÓRICAS

¿Qué hubiera sido de Durruti si no hubiera muerto un día de noviembre de 1936 en Madrid a los cuarenta años de edad?

Siempre me ha atraído en mi trabajo no solo lo que ha ocurrido de manera objetiva y real en el pasado sino también las opciones que hubieran sido posibles de haber cambiado algunas de las variables circunstanciales de los hechos ocurridos previamente. Y el caso de Durruti es un ejemplo idóneo para ello. Hay un hecho incuestionable: Durruti murió el 20 de noviembre de 1936 en el frente de Madrid, en la ciudad universitaria, que estaba asediada por las tropas franquistas. Que la causa de su muerte fuera una “bala fascista,” como pretendió inmediatamente Federica Montseny por razones de propaganda bélica, o que, como me parece más probable, su muerte ocurriera por una conspiración interna y por obra de sus enemigos políticos, que los tenía y en número considerable, está por decidir y es un enigma que espero elucidar o por lo menos analizar críticamente en mi trabajo.

Imaginemos, por un instante, que ese homicidio, asesinato deliberado o muerte accidental no hubiera ocurrido nunca y que Durruti se hubiera quedado en Madrid, continuando la defensa de la ciudad al mando del pequeño grupo de anarquistas, que era minoritario, frente a los grupos

comunistas y de UGT, que eran la mayoría en la capital. No hay duda de que Durruti y sus hombres hubieran combatido con bravura ejemplar, como lo habían demostrado ampliamente antes en el cuartel de les Drassanes y en otros puntos de la ciudad en Barcelona, y después en el frente de Aragón. Una vez que la defensa de Madrid quedó asegurada, lo más probable es que Durruti hubiera regresado a Barcelona, entre otras razones, porque su base de apoyo estaba allí y allí tenía el entorno de la militancia sindicalista que le apreciaba y admiraba, sentimientos que no tenía asegurados en Madrid.

En Barcelona, no hubiera aceptado ningún cargo político o administrativo, a diferencia de sus compañeros de organización que sí aceptaron esos puestos en cuanto tuvieron la primera oportunidad. García Oliver, su antiguo camarada de Los solidarios, es un buen ejemplo. Conociendo su carácter, no creo que Durruti hubiera permanecido mucho tiempo en Barcelona ya que no le gustaban las intrigas ni la calma de las oficinas o los despachos. Creo que se hubiera enrolado de nuevo en el frente de Aragón y allí ya hubiera sido más posible que hubiera sido muerto en la lucha de trincheras en las que él no hubiera estado en posiciones de retaguardia. Estoy seguro también de que, en mayo de 1937, habría estado presente en los llamados fets de maig en la ciudad que enfrentaron violentamente a los guardias de asalto y los miembros del PSUC con los grupos de la CNT y la FAI.

Hay visiones encontradas respecto a esos acontecimientos. La posición de los comunistas, entre los que se encuentra Dolores Ibarruri, La pasionaria, es que los anarquistas y los trotskistas del POUM iniciaron una conspiración en connivencia

con Franco y Hitler para eliminar a los comunistas y el creciente poder que habían adquirido con la ayuda militar y logística de la Unión Soviética. La versión divergente es la de los anarquistas y miembros del POUM, y fue articulada por George Orwell en su relato *Homenaje a Cataluña*. Según Orwell, la revuelta en la ciudad, en la que él estuvo directamente implicado, se realizó bajo órdenes de Stalin y según su plan de eliminación de las fuerzas de la izquierda que pudieran poner en duda su poder y su dominio del comunismo en el mundo.

No creo que sea posible dirimir con precisión cuál de estas dos versiones es la correcta, pero yo prefiero como más convincente la de Orwell. Durruti hubiera estado con sus compañeros de la CNT en el edificio de la Telefónica y se hubiera batido en primera línea. Es incluso posible que hubiera muerto en el combate. De no morir en la refriega, Durruti se hubiera negado a participar en las negociaciones de paz y hubiera proseguido su acción militar en el frente. Durruti estaba destinado a la muerte. No puedo visualizarlo marchando al exilio y muriendo como gerente de una empresa en México o Argentina. Ese no era su temperamento ni su carácter y además no se correspondía a sus ideas en las que creía firmemente. La muerte heroica es lo que magnifica a los marginados y los graba eternamente en el imaginario popular. Y Durruti tuvo ese tipo de muerte. El que probablemente muriera por un acto de traición cometido por sus compañeros en la revolución no hace más que aumentar su grandeza en la historia en la que está instalado para siempre.

Alba se negaba a admitir que Durruti hubiera concluido su vida de manera tan sórdida como la traición de un compañero

en la revolución, pero yo le señalé que ese había sido el destino de bastantes figuras políticas de la izquierda en esos años, entre ellos, Andrés Nin, también durante la Guerra Civil, siendo el caso más notorio León Trotski, que fue asesinado en México por Ramón Mercader, un agente de Stalin. Después de hablar con ella sin ponerme nunca de acuerdo en el tema de la muerte de Durruti y el significado del anarquismo, le envié mis primeras conclusiones al profesor Robertson y recibí su respuesta diciéndome que, respecto a la muerte de Durruti, el tema estaba abierto y que mi tesis quedaba dentro de las coordenadas de la investigación sobre Durruti, aunque no la juzgaba la más probable. Según mi profesor, con frecuencia el azar también tiene en la historia un papel que jugar y él pensaba que en realidad Durruti había sido una víctima de la mala fortuna y que una bala perdida procedente del campo enemigo había sido fatal.

Esa era una versión para mí difícil de aceptar porque era demasiado banal y le restaba a Durruti la marca de martirio y heroísmo que para mí era esencial para entenderlo de manera significativa. Yo solo tenía una intuición de la verdad que la historia debía corroborar porque pensaba y sigo pensando todavía que la historia, más allá de sus iniquidades y acciones imprevistas, sigue una orientación que la hace avanzar no de una manera lineal pero sí consistente con el progreso y las mejoras sociales y políticas. Aunque no tuviera todavía las pruebas para demostrarlo, yo estaba con Manel y los que, como él, veían en Durruti una vía de esperanza que se había malogrado con su muerte. También veía en él la posibilidad de la redención de una vida de violencia a través del sacrificio de la propia vida por una causa superior a uno mismo. Desde mi

pacifismo y horror hacia la violencia, requería la ejemplaridad de la muerte de Durruti para sentirme pleno y compensado en mis propias insuficiencias.

Durante mi estancia en Barcelona, advertí que mi estudio de Durruti debía extenderse más allá de los archivos y los libros. El anarquismo era un movimiento de la calle y yo tenía que vivirlo como tal, no como algo sistemático y final sino como una exploración de los entornos de la destitución y la desesperanza en los que el anarquismo había hallado en aquella ciudad un medio ideal donde nutrirse y desarrollarse. Para los que no tenían nada ni podían esperar nada más que la indigencia y el abandono, el ideal libertario representaba una luz de esperanza y futuro. Es cierto que esa esperanza carecía de fundamentos sólidos, que era sobre todo una fiebre y un impulso emotivo carente de rigor, pero era lo único que los años treinta, en los que yo vivía inserto a causa de mi investigación, podían deparar. Más allá de su trayectoria de atentados y bombas improvisadas y sin programa, me daba cuenta de que el anarquismo no sería nunca una realidad, que las propuestas de la eliminación del dinero y el retorno a una economía de intercambio amistoso y comunitario no podían realizarse nunca. Pero, lo que contaba en aquel movimiento era que otorgaba esperanza a los que nunca habían conocido esa palabra y les confería una imagen de dignidad e incluso de un cierto poder que nadie les había concedido antes. Tal vez los anarquistas inspiraban miedo, pero el miedo provoca también respeto de los que hasta ese momento ni siquiera habían reconocido la existencia de sus antagonistas.

Fue en una de mis aventuras peripatéticas por los entornos de las calles adyacentes a las Ramblas como conocí a Quim Ventos. Lo encontré en una taberna de la calle Joaquín Costa después de haber pasado la tarde en la biblioteca de Cataluña buscando datos para mi tesis. Nada más conocernos, Quim me confesó que toda su familia materna había formado parte de la CNT. Primero, su abuelo en los años veinte y treinta, luego un tío suyo que había tenido que exiliarse a Francia después de la Guerra Civil y había muerto a su regreso a causa de una tuberculosis que había contraído en el campo de concentración de Matthausen adonde lo habían recluido después de ser arrestado por los nazis tras haberse unido a la resistencia francesa. Cuando le revelé a Quim que estaba en Barcelona trabajando en un manuscrito en torno a Durruti, inmediatamente confraternizó conmigo con una espontaneidad y aparente sinceridad a la que no estaba habituado en América. Recordé que George Orwell menciona en *Homenaje a Cataluña* la naturalidad de la amistad de los españoles que se encontró a su llegada a Barcelona en 1936, y yo la confirmaba en el caso de Joaquim Ventos.

“Barcelona y el anarquismo son la misma cosa”, me aseguraba Quim. “Claro está, la imagen de Barcelona que ves en las películas o en los folletos de turismo oculta todo lo que te estoy diciendo. Esto es como la cloaca de la ciudad que hay que mantener bajo tierra y lejos de la vista, pero Barcelona en los años treinta fue la ciudad anarquista por excelencia y aquí se realizaron experimentos sociales y económicos de colectivización que nunca se habían hecho antes con la extensión con la que los hicimos aquí.

Y yo, ahora en la época del posfranquismo, aunque sé que se me puede ver como una reliquia del pasado, me sigo considerando anarquista. Somos pocos, pero para mí el anarquismo es un modo de vida utópico pero que me sirve para enfrentarme a un mundo y una sociedad que no me gustan.”

Con Quim conocí algunas de las partes de la “cloaca” de la ciudad que sin él estoy seguro no hubiera conocido nunca y que, poco a poco, se fueron convirtiendo en el centro de la ciudad que para mí era más definitivo y permanente. No es que no me gustara la Barcelona modernista de Gaudí, es que para el trabajo de mi tesis, el mundo que me enseñaba Quim era más auténtico y válido. Con él me abrí a las callejas del Raval, estrechas y oscuras, en las que nunca entra el sol y que no se asemejaban a ninguna ciudad de las que yo había conocido en América y menos en California.

“Esta es una ciudad que ha cambiado enormemente en los últimos años, sobre todo con la inmigración de fuera del país, paquistaníes y latinoamericanos en particular, pero el espíritu caótico e híbrido de los años, en los que Durruti era aquí una figura pública venerada por unos y abominada y temida por otros, sigue sin cambios.

Y esa es la ciudad que yo prefiero, la otra sé que existe pero no me interesa. ¿Sabes cómo llegué a identificarme con los hombres que admiraban a Durruti y lo consideraban como una figura sobrehumana? Cuando descubrí a Isidre Nonell. El también fue denostado y odiado de por vida porque se atrevió a renunciar a su clase social de la que procedía y se unió a los

desposeídos de todo, y sobre todo a las gitanas del puerto que no tenían nada. Nonell murió un poco como Durruti, muy joven, casi a la misma edad que él. No murió por la violencia de las armas, murió de tifus cuando empezaba a tener cierto reconocimiento, y es interesante que fuera el tifus la causa de su muerte porque el tifus es la enfermedad de la suciedad y el hacinamiento en malas condiciones, una enfermedad de los pobres que contraería en una de sus visitas a la partes bajas de la ciudad donde se relacionaba con gitanas que luego empleaba como modelos para sus cuadros y con las que hacía el amor. Nonell optó por un tipo de ciudad y llegó a sacrificar la vida por ella.”

Con Quim, Durruti se me hizo más concreto y humano. Hasta ese momento, yo lo había asociado con un ideario y un pasado para mí extraños, pero al ver las figuras de las gitanas que Nonell frecuentaba y había convertido en sus amigas, entendía el mundo que había contribuido a generar a hombres como Durruti y entendía también sus motivaciones. Nonell había vivido antes que Durruti. Cuando murió en 1911, Durruti era todavía un adolescente y, sin embargo, la ciudad que se encontró a su llegada a Barcelona no difería mucho de la que Nonell había captado en sus cuadros. Y lo que me impresionaba más de los cuadros de Nonell era que sus mujeres de la calle tenían no solo dignidad, sino belleza, y de ellas se desprendía un sentimiento de éxtasis a través del dolor y el abandono.

Después de que Quim me hubiera introducido al pintor, me dediqué a recorrer las salas del museo de Montjuic donde están sus cuadros. En ellos, veía tanto la penuria y el abandono

como la enorme nobleza interior que esas figuras tenían. Las gitanas eran como las madonas de Rafael, pero estas eran más auténticas y también más bellas y, al destacarlas en el centro de sus cuadros, Nonell las convirtió en mujeres excepcionales que estaban por encima de todas las demás.

Quim se convirtió en el mejor amigo que tenía en la ciudad. Yo había viajado a España con una beca de la Full-bright para hacer investigación en los archivos de biblioteca sobre un tema de la historia nacional y, desde que había conocido a Alba y sobre todo a Quim, mi trabajo se hacía en las callejas de la Barceloneta, en los callejones angostos y grises del Born, que había sido el gran vientre de la ciudad y ahora se había convertido en un barrio para jóvenes artistas, en las calles vibrantes y de colores exóticos del Poble Sec.

Había una plaza de este barrio en particular por la que tenía una predilección: no recuerdo su nombre pues ni siquiera me había fijado en él, era una pequeña plazoleta en las primeras inclinaciones de la montaña de Montjuic. Tenía una fuente en el medio con dos caños de agua y por las tardes de invierno entraban en ella los rayos del sol que daba un calor benéfico y generoso. Y, como esa plaza, había otros lugares mágicos y seductores. Ocurría que me había enamorado de aquella ciudad, tal vez precisamente por su trayectoria fatal de violencia y conflicto que yo percibía por debajo del carácter extrovertido y jovial del presente. Es probable que solo fuera yo, que mis ojos estuvieran deformando la visión de todo, pero no me importaba porque esa era la imagen que me colmaba mis horas cuando salía de la Biblioteca de Cataluña y por el carrer del Carme, cruzando la Plaça del Padró y la Ronda de

Sant Antoni i el Paral·lel, enfilaba por las calles de Blai y Margarit hacia la montaña donde habían enterrado a Buenaventura.

Alba y yo nos habíamos convertido en unos deambulantes crónicos y empedernidos, paseando de aquí para allá como el niño que se apasiona por todas las cosas, incluso las más diminutas e insignificantes, porque para ella todas son un descubrimiento nuevo y esencial. Hacíamos el amor por la mañana antes, mientras y después del desayuno en su alargado y oscuro piso de Consell de cent, nos vestíamos con cualquier cosa y empezábamos el recorrido arriba y abajo de la ciudad. Me decía Alba que estábamos repitiendo los pasos que habían dado años antes Ernest Hemingway, Gertrude Stein o Henry Miller que habían encontrado en las calles de París el camino para olvidarse de la patria americana a la que habían renunciado.

Nosotros lo hacíamos en Barcelona y habíamos encontrado en esa ciudad el modo de evadirnos del desierto cultural que para nosotros era el sur de California. No éramos, como ellos, una generación malograda por los horrores de la guerra ni habíamos tenido que sufrir las penurias de la depresión y el provincianismo que los miembros de aquella generación menospreciaban. La fiesta interminable que Hemingway veía en París se había convertido para Alba y para mí en una evasión hacia un pasado en el que hallábamos la belleza y la seducción que nos faltaban en el presente. A ellos los habían señalado las trincheras y el hedor a cadáveres putrefactos que eran el pasto de las ratas. A nosotros, la excesiva facilidad y la falta de motivación para nada que no fuera nuestro pequeño entorno

personal empedequecido y mediocre. Porque queríamos escapar de todo ello estábamos en esta ciudad libertaria, hosca y amable a la vez. La ciudad que Durruti había vivido y había conocido a la que se había agregado también la ciudad de los modernistas, de las grandes avenidas y los edificios deslumbrantes.

Quim nos llevó a Alba y a mí al centro donde se reunía con sus amigos. Era un pequeño local en una de las calles que emergen de Joaquín Costa, detrás del Museo de Arte Contemporáneo. Las paredes estaban cubiertas de pósters y fotografías en blanco y negro con motivos de la historia del anarquismo. Eran en su mayoría fotos del pasado, allí estaban el barbudo y orondo Bakunin, George Orwell, Sacco y Vanzetti. Me di cuenta de que Quim y sus compañeros vivían, como yo, de un pasado que probablemente no iba a reproducirse nunca, que se nutrían, y nosotros con ellos, de un mundo que existió por unos meses en aquella ciudad y en otros puntos de la zona republicana pero que había concluido irrevocablemente. Aquello se había transformado simplemente en las últimas motas del polvo de la historia y, a pesar de ello, yo estaba dispuesto a hacerlo vivir de nuevo a través de mi libro.

Tanto Quim como sus compañeros eran conscientes de que su tiempo no era aquel, que constituían solo una comunidad minúscula que nunca más tendría la fuerza y la influencia que tuvo en el pasado y que solo a través de la retrospección podían revivir una época para mí y para ellos áurea en la que habían podido realizarse algunas de las premisas que defendían. “Somos unos utópicos irremediables”, reconocía Quim melancólicamente, “somos ingenuos y soñadores, lo sé,

nunca más llegaremos a donde llegamos en el pasado, tal vez perdimos para siempre nuestra mejor oportunidad de realizar nuestros sueños, pero lo que veo a mi alrededor como alternativa no me interesa demasiado. Seguiremos aferrados, por tanto, a nuestra quimera.”

Yo no sabía muy bien por qué me sentía cautivado por aquellos seres tan distintos de todos los que había conocido antes. Sería tal vez, como afirmaba mi sabio maestro Orwell, porque los españoles o por lo menos en este caso los anarquistas catalanes que yo conocía concebían la amistad no tanto a partir del interés personal sino como un impulso espontáneo y genuino. Para mí, había sido excepcionalmente fácil introducirme en su grupo y ser aceptado sin que quisieran hacer proselitismo conmigo, sin que quisieran presionarme para convertirme en uno de los suyos, simplemente me aceptaban como era, más allá de mis señas de identidad de extranjero. Les bastaba con que estuviera trabajando sobre uno de sus grandes héroes, que para mí esa figura no fuera un paria, un terrorista despreciable, sino que me estuviera esforzando en entenderlo y comprenderlo en su realidad y a partir de las ideas que ellos mismos compartían.

Quim me contó que un hermano suyo estaba en la cárcel porque le habían arrestado en un intento de asalto a un banco. Lo había hecho por su cuenta sin ayuda ni participación del grupo, una locura -me aseguraba Quim y, mientras me lo decía, se le humedecían los ojos- La policía nos tiene marcados, nos temen porque somos imprevisibles, no saben dónde situarnos, qué hacer con nosotros, pero para mí lo de mi hermano ha sido una lección muy amarga y no voy a repetirla. Esto pudo servir

tal vez en un tiempo épico cuando no había otra forma de enfrentarse a un sistema que era por naturaleza explotador. Ahora hemos de actuar en otras áreas, el medio ambiente, la vivienda, los derechos de los que no tienen casa. Esto es más banal y menos espectacular y grandioso que lo que hicieron Durruti y otros como él en el pasado, pero es todo lo que podemos hacer y el ejemplo de mi hermano es claro, no hay duda de que no se puede actuar de otra manera. Este barrio ha dejado de ser el barrio de los trabajadores catalanes y los emigrantes que fue hace muchos años. Cerca de aquí, en la calle Ferlandina, vivieron mis abuelos maternos y un poco más lejos, al otro lado de la Ronda de Sant Antoni, vivían los de mi padre. Este era un lugar en que todo el mundo se conocía y todos procedían de un mismo sitio. Ahora, aquí hay gente de muchas nacionalidades, filipinos, paquistaníes, ecuatorianos. Ese es nuestro mundo hoy. Si viviera Durruti, actuaría como nosotros, habría cambiado sus palabras rotundas y altisonantes por lo que hacemos ahora que es un trabajo más humilde y oscuro.

Con Quim y sus amigos, Alba y yo pasábamos horas recorriendo las pequeñas tiendas, los cafetines, fotografiando los pequeños rincones, las plazoletas, los rótulos de los nombres de las calles que habían tenido tanta importancia en los años veinte y treinta, la historia minúscula y pobre que no aparecía en ningún texto y que para nosotros contenía la clave secreta de aquellos tiempos: Peu de la Creu, Riera alta, Riera baixa, carrer del Tigre, carrer de la Lluna, de la Riereta, de la Paloma..., nombres que evocaban tiempos preindustriales, cuando aquellas calles y edificios eran solo huertas y campos que luego habían sido ocupados por las masas de emigrantes

de Andalucía, los murcianos, y otras partes del país que habían nutrido los partidos sindicalistas y habían participado en las revueltas laborales de la época. Esos nombres formaban parte de mi inconsciente familiar, eran los nombres que habían alimentado la existencia de mis antepasados, y yo venía a colmar un vacío que la historia no había podido llenar.

A veces a la salida de un *after hours*, acabábamos en la plaza de Goya donde se levanta un monumento a Francesc Layret que Quim nos había dicho había sido un abogado catalanista aliado con las fuerzas sindicalistas y se había convertido en uno de los defensores de los derechos de los trabajadores en la huelga de la Canadiense en 1919. Finalmente fueron los hombres del Sindicato Libre organizado por las fuerzas de la patronal los que se encargaron de ejecutarlo como era habitual en ellos, con un disparo a la espalda a la salida de su casa. Tenía cuarenta años cuando murió, la misma edad de Durruti.

El monumento estaba hecho en piedra tallada y Quim nos aseguró que en la época de Franco lo habían retirado y había sido repuesto discretamente después de su muerte. No quisiera que fuéramos solo fieles devotos de los monumentos a nuestros héroes pasados -confesaba Quim-, pero a veces pienso que somos una minoría y que casi no contamos ya. Yo me negaba a aceptar, sin embargo, esa evidencia a pesar de que yo era un caso perfecto de aquellos para los que la revolución era un hecho inerte para ser estudiado y analizado más que para ser experimentado de manera directa y viva. Era un observador foráneo, pero gracias a Quim y Alba, mi

proyecto se había transformado en un hecho ineludible y decisivo para mí.

Mi profesor no entendía lo que yo le escribía y me contestaba, irritado y ansioso, urgiéndome a pasar más tiempo en las bibliotecas, pero esta vez no iba a prestarle atención, sabía que cuando volviera a California, la tregua se habría acabado y que debía apurar hasta las últimas consecuencias lo que Quim y aquella zona para mí cautivadora de la ciudad me estaban ofreciendo.

Alba y yo estábamos dispuestos a instalarnos por un largo tiempo en Barcelona. Ella había conseguido un trabajo como profesora de inglés lo que complementaba su beca y yo trabajaba a horas sueltas haciendo traducciones para varias empresas. Y seguía trabajando en mi tesis. Puesto que mi proyecto se concebía como una biografía existencial y no una apología de Durruti, barajaba las diversas versiones en torno a su figura humana. Para Quim, no había duda, todas las acciones en las que había intervenido Buenaventura estaban justificadas por las necesidades del momento. Las huelgas revolucionarias, en particular la de agosto de 1917, que le condenó al exilio en Francia, estaban justificadas por los imperativos de la lucha sindical del momento. “Has de pensar”, argumentaba Quim, “que ahora puede parecernos ilógico y fuera de lugar, pero en esos años el término de lucha de clase tenía un sentido literal. Se luchaba contra una estructura social y económica inamovible y Durruti tenía la energía y el valor de hacerlo. El atentado contra Juan Soldevila, el cardenal de Zaragoza, suponiendo que fuera obra del grupo de Los solidarios del que él formaba parte, se produjo contra una

figura siniestra que estaba implicada en subvencionar y promover a los grupos antisindicalistas, entre ellos, el Sindicato Libre. Desde la perspectiva actual no justifico su acto pero esos eran los medios que se empleaban en ese momento, tanto de un lado como del otro, y Durruti luchaba por los más desfavorecidos. Por eso, le veneraban con un sentimiento casi religioso, como un santo”.

Alba compartía esa veneración y me decía que Durruti era un revolucionario puro, que a diferencia de otros revolucionarios de la época no pudo llevar a cabo sus fines porque su vida se cerró abruptamente y porque nunca creyó en los programas cerrados y absolutos. Alba y Quim sacralizaban a Buenaventura, pero yo no podía hacerlo porque para mí no solo era una figura política sino sobre todo un ejemplo de que las opciones de esa época eran todas extremas y generalmente concluyeron de manera calamitosa. El siglo XX es un tiempo de grandes promesas y grandes decepciones, y la promesa de Durruti no se cumplió más que temporalmente, y estaba destinada a fracasar frente a los programas de partidos y grupos mejor organizados que los anarquistas. El aura de Durruti persistirá por siempre y mi libro no va a destruirla sino que la situará en un marco más complejo y amplio.

Quim me llevó a un local del Poble Sec, cerca del Paral·lel, donde me dijo que se había reunido Durruti con algunos sindicalistas en la defensa de la ciudad contra los sublevados dirigidos por el general Goded el 19 de julio de 1936. Era un local en la calle Margarit, en la parte baja de Montjuic, no lejos de donde había existido un refugio contra los bombardeos durante la Guerra Civil. Había pasado por varios propietarios,

pero ahora él junto con un grupo de compañeros quería rehabilitarlo y convertirlo en un centro de homenaje a Durruti y la defensa de Barcelona. Has de pensar, me dijo Quim, que si la ciudad se resistió al golpe de estado de Franco y sus colaboradores, como los generales Manuel Goded y Fernández Burriel, fue gracias a la determinación de los anarquistas. Fueron ellos sobre todo los que se enfrentaron a los sublevados en los pocos edificios que llegaron a controlar, como el de Capitanía en el puerto, la Telefónica y el hotel Ritz, y consiguieron las armas que Companys les había negado. El ataque a lo que entonces era el cuartel de las Atarazanas fue encarnizado. En él, murió Francisco Ascaso en una arriesgada y quijotesca operación. La muerte de Ascaso fue un golpe muy duro para la causa anarquista, pues era muy admirado por todos ellos. Pero, a diferencia de la muerte de Durruti, la de Ascaso ocurrió en un momento de euforia y no afectó negativamente a las fuerzas sindicalistas. La verdad es que, si Barcelona había resistido a fuerzas muy superiores y militarmente organizadas, fue a causa del arrojo de los anarquistas que montaron barricadas en puntos estratégicos de la ciudad e impidieron la comunicación y el apoyo mutuo entre las fuerzas sublevadas. La ciudad se hizo anarquista en cuarenta ocho horas, como reconoció el propio Companys. Pero los anarquistas, entre ellos Durruti, siempre pecaron de falta de capacidad organizativa y estratégica y, en lugar de asumir directamente un poder que era el suyo, se lo cedieron a Companys y los burgueses y lo que pudo haber sido una revolución popular se dejó en manos de los políticos de siempre. Companys era un hombre honesto y de buenas intenciones, pero temía el caos y para él el anarquismo era el desorden y la ruptura de la ley, y pagamos las consecuencias. A

diferencia de Madrid, que estuvo más unificada, Barcelona fue una ciudad dividida entre nosotros mismos, con facciones opuestas y las consecuencias fueron nefastas para nosotros e incluso pudieron costarnos la guerra.

Yo admiraba el libro de Orwell sobre Barcelona y la Guerra Civil y apreciaba sobre todo su valentía en dejar la comodidad de su vida en Inglaterra y participar en una guerra en un país que no era el suyo. Cuando Orwell alude en su libro a la vida en las trincheras en Huesca y otros puntos del frente de Aragón en el que estaba integrado destaca sin ambigüedad la miseria de la guerra y hace hincapié en el frío, la suciedad y el tedio del frente más que en la grandeza de las operaciones militares. En Orwell la guerra carece de cualquier dimensión épica y, sin embargo, a pesar de las condiciones y del riesgo constante de perder la vida, no hay en su libro una lamentación sobre su suerte personal, como si la vida propia no contara en nombre de la lucha política en la que él estaba implicado.

Orwell participó en la guerra como un soldado sin graduación, obedeciendo órdenes y asumiendo puestos anónimos con compañeros con los que apenas podía entenderse a causa de la diferencia del idioma y, a pesar de todo, siguió en el frente porque creía en una causa y unos principios que había hecho los suyos propios. “A nuestra generación le faltaba esta dimensión, nos habíamos quedado sin grandes objetivos”, le decía a Quim, lo que probablemente era necesario pues esos grandes sistemas por los que Orwell había combatido en Aragón, él mismo había dejado de creer en ellos y había expuesto sus errores después de haber abandonado la Guerra Civil y España. Pero yo sentía un vacío

destrutivo en mi vida que estaba seguro Orwell no había sentido en la suya.

Quim me acompañó por Montjuic, “la montaña siniestra”, afirmaba él, en la que habían ocurrido centenares de desmanes y fusilamientos a lo largo de los siglos. Y no solamente durante el franquismo sino antes ya, por ejemplo, a finales del siglo diecinueve, en 1897, durante los llamados procesos de Montjuic, cuando fueron ejecutados un grupo de anarquistas y luego, la figura más conocida que perdió la vida en esa montaña infausta que fue Ferrer i Guàrdia, ejecutado después de la Semana Trágica en 1909.

Mientras recorríamos los jardines y las avenidas que conducían al castillo, contemplaba la ciudad desde la altura. La placidez y la tranquilidad que yo presenciaba eran para mí solo una apariencia engañosa y habían sido reemplazadas por la violencia y la muerte que yo advertía se imponían a mi alrededor. Unos niños jugaban, displicentes, en un parque, oía lenguas diversas de los turistas que paseaban en grupos y las cabinas rojas y blancas del teleférico cruzaban el puerto desde el castillo hasta la torre de la Barceloneta. Todo aquello era un espejismo falso, una primera capa que encubría un profundo sedimento arqueológico que yo debía descifrar. En un rincón apartado vi una estatua dedicada al Manelic y Quim me dijo que era el personaje de una obra de Àngel Guimerà, el dramaturgo catalán que en *Terra baixa* ensalzaba el mismo espíritu rebelde e indomable frente a la opresión que los anarquistas defendían. El Manalic se rebela contra un terrateniente y hace en el campo lo que los trabajadores de la

CNT hicieron en la ciudad. Emplea la violencia porque la opresión absoluta no admite otra alternativa.

“Ves, allí, abajo”, me decía señalando los edificios y las torres grises de la parte antigua de la ciudad, “donde está la estatua de Colón, siguiendo las filas de árboles a los lados de la avenida, allí queda la Rambla y por allí bajaba la multitud el día del funeral de Durruti, todo estaba abarrotado, en ese momento todavía era posible pensar que se podía ganar la guerra y que todo el sufrimiento estaría justificado. Un familiar mío estuvo ese día en el entierro y se le saltaban las lágrimas al contarlo. Buenaventura había nacido en León y, cuando vino a aquí, era un joven de veinticuatro años que ya había sufrido la persecución y las primeras decepciones. En la ciudad halló lo que le había faltado hasta ese momento, un ambiente en el que poder llevar a cabo sus ideas. La CNT se convirtió en la familia de la que en ese momento carecía.”

La ciudad desde la altura me inspiraba admiración y miedo a la vez. Encajonada entre las montañas y las aguas del puerto, Barcelona, a diferencia de las ciudades que yo conocía, como Los Ángeles y San Diego, no podía extenderse más allá de sus límites actuales. Veía signos similares a los que, en la época de Durruti, le habían dado el carácter de la ciudad más industrial del país, lo que había favorecido la emergencia de una masa obrera compacta y poderosa. De manera no previsible, esa masa se había inclinado hacia el anarquismo. El propio Orwell, al llegar a la ciudad en 1937, se sorprende ante esta realidad. Él, un viajero militante del laborismo inglés clásico y creyente todavía en el programa del socialismo como vehículo para lograr la igualdad y la sociedad sin clases, debió enfrentarse

ante un movimiento sin plan estratégico y carente de cuadros de mando jerarquizados. Luego, esa misma experiencia le sirvió precisamente para concebir cómo podría configurarse una sociedad sin rangos y sin líderes que quisieran imponer su autoridad. El resultado será *1984* y *Animal Farm*, dos de los tratados políticos e ideológicos más influyentes de todo el siglo XX.

Las tres chimeneas del Paral·lel seguían inmutables, habiendo sobrevivido los ataques de la aviación italiana durante la Guerra Civil. Ahora ya no despedían humo y formaban solo parte del archivo pasivo de la historia, pero yo veía en ellas la recién aprendida historia de la ciudad, la huelga de la Canadiense en 1919, en particular, que tanta importancia tendría para la influencia de la CNT y el propio Durruti en Barcelona. Tanto Quim como yo éramos hombres de otra época que, aunque sabíamos que no podía y no debía volver, nos daba la fuerza para vivir en un presente con el que tampoco podíamos identificarnos. Los fantasmas silenciosos del pasado se ocultaban en los recovecos de aquella urbe densa y sobrepoblada y yo tenía que darles la presencia y la voz de la que carecían en ese momento.

Contemplaba, extasiado, las agujas del edificio de la Sagrada Familia, las torres de Santa María del Mar, la torre Agbar, las cuadrículas simétricas del Eixample de Cerdá. Podía admirar esa belleza y establecerme en un presente dulce y apacible, vivir solo hoy y aquí sin más, como hacían los amigos que había dejado atrás en California. Pero eso ya no me bastaba. Los muros de aquella fortaleza centenaria reclamaban que debía actuar de otro modo, con la responsabilidad frente al dolor de

la historia que yo debía hacer en parte el mío. La causa de Quim y sus compañeros era tal vez absurda, una empresa quijotesca que para mí, no obstante, había cobrado una urgencia imperativa.

Mientras bajábamos por la carretera desde el castillo, le dije a Quim que había hecho un pacto personal con aquella ciudad y con él mismo. Iba a escribir la historia de la época más violenta de la urbe y dentro de ella iba a situar la figura de un paria histórico que se negó a jugar según las reglas del éxito y la fama que él podía haber utilizado para labrarse una carrera política. El palimpsesto de la historia de la ciudad, los sedimentos aplastados y ocultos del pasado, eso era lo que iba a recuperar.

Estaba oscureciendo y cuando rebasamos la entrada a la escalinata de la Font del gat, se habían formado unos grupos de personas que estaban esperando entrar a un espectáculo del Teatre Grec. “Esta es una zona de la ciudad que ha sido recuperada para el arte y el teatro”, me dijo Quim. “No he estado nunca en ningún espectáculo, son demasiado caros y además identifico Montjuic con la historia trágica del pasado y eso pesa demasiado para mí para poder disfrutar de todo esto. Para mí, Montjuic es un lugar de reflexión y contemplación. Lo siento, es probablemente absurdo, pero no puedo sentirme de otra forma. Mis padres se casaron en la iglesia de Santa Madrona, cerca del Molino, y yo vivo en la calle Margarit, cómo puedo dejar todo esto, estoy completamente apegado a estas callejas, estas esquinas y edificios, no podría, como tú, dejar mi país y mi ciudad. Sé que me estoy limitando optando por quedarme aquí, pero eso es justamente lo que voy a hacer.

Dejaré que tú vivas la aventura por mí y que pongas mi experiencia por escrito. Esta ciudad y este barrio me condicionan pero también me dan la vida y me hacen ser lo que soy, soy un libertario anticuado y nostálgico, vivo en el pasado, en los libros de la historia, en el amor a la utopía y lo imposible, un iluminado tal vez que quiere saber más y aprender de lo que vivieron los otros”.

Al llegar a la esquina de Blai i Paral·lel, Quim se despidió de mí y noté que sus ojos se habían humedecido. Comprendí que Quim era un espíritu casi místico y que, de haber nacido cincuenta años antes, hubiera militado en algún partido revolucionario y lo hubieran exterminado los que conciben la política como una lucha sin cuartel hasta vencer. Quim no era un político y hubiera sido devorado ávidamente por los hombres más implacables del momento. Le hubieran llamado fascista, contrarrevolucionario, y lo hubieran exterminado con toda la impunidad que siempre tuvieron en el siglo pasado los exterminadores profesionales. Quim tenía un alma dostoievskiana y yo sentía compasión y admiración por él, porque vivía como quería sin la presión del éxito profesional, con la conciencia de los actos pequeños de cada día en los que hallaba la satisfacción de la honradez y la humildad.

Contra el ruido de los automóviles que poblaban la amplia avenida en ambas direcciones hacia el puerto y la plaza de España, abracé a Quim y me di cuenta de que aquel era otro momento en el que el pasado y el presente se hacían uno y se establecía una comunión entre ellos, una confluencia de tiempos y espacios hasta ese día divergentes. En ese instante evanescente, la historia y mi vida eran una sola cosa, una

experiencia y un acto singulares que estaba convencido no iban a perdurar, que se desvanecerían en unos minutos para siempre, pero que me iban a permitir al menos volver a mi casa de San Diego y sobrevivir por algún tiempo, unos días o unos meses tal vez, los embates de la norma y la claudicación.

IV. LA DESOLACIÓN DE EL DORADO

Cuando regresaba en el avión a San Diego, sabía que mi relación con Alba había llegado a su fin. Desde la ventanilla del avión, contemplaba abajo las aguas brillantes del Atlántico y me decía a mí mismo que iba a repetir esa ruta en el futuro. Alba y Quim habían venido a acompañarme al aeropuerto y, al despedirme de ellos, intuía y comprendía a la vez que el camino que Alba y yo habíamos emprendido en torno a mi tesis nos había unido tanto como nos había separado. Yo era un historiador, o un aspirante a serlo, no un militante de un partido o un movimiento político, a mí me interesaba Durruti, no como un modelo ni como un líder a quien emular y admirar en el presente sino como una figura de un tiempo que me fascinaba pero que no podía aceptar sin reservas ni sin críticas.

Para Alba y Quim lo que yo pretendía era meramente una distracción, una actividad frívola y vacua, como leer una novela de aventuras, porque para ellos el objetivo era único y singularmente claro, se trataba de cambiar un mundo y el analizarlo e interpretarlo era secundario. ¿Qué importaba cómo murió Durruti?, me había argumentado más de una vez Alba cuando le revelaba los progresos en mi investigación sobre el tema, lo que importa es hacer que la vida sea más justa para todos. Eres un intelectual y yo quiero un mundo radicalmente distinto, me contraatacaba, y yo asentía porque

intuía que, si no intelectualmente, emotivamente Alba tenía razón. Pero yo iba a continuar con el manuscrito Durruti tal como lo había concebido.

Cuando aterricé en el aeropuerto de San Diego, después de una travesía de más de doce horas de viaje, sabía que disponía de unos meses de beca para acabar mi proyecto. Llevaba conmigo notas, libros, y un borrador incipiente con varios capítulos, pero lo que me acompañaba de verdad era mi estancia en Barcelona. Como le había ocurrido muchos años antes a Orwell, mi experiencia en la ciudad había quedado grabada de manera indeleble en mí. La persona que se sentaba a mi lado en el avión me preguntó por mi estancia en la ciudad, quería saber de las playas, la vida nocturna, el barrio gótico y Gaudí, y yo le había hablado de Durruti, Orwell y Companys y las barricadas frente al edificio de Telefónica y el hotel Colón. Un espejismo vaporoso, una alucinación sin sentido. Tal vez, pero esos eran los datos que yo me llevaba de mi estancia en aquella ciudad entrañable y virulenta, que seguía siendo la rosa de foc de una época legendaria. Tal vez a los demás no pudieran servirles mis notas, como en un principio no había servido la crónica de Orwell en torno a la ciudad. A él le habían llamado contrarrevolucionario y su obra fue postergada y menospreciada en toda la prensa de la época, solo por decir una verdad molesta que luego, al cabo de los años, acabaría confirmándose. Y a mí probablemente me calificarían como un pseudointelectual de dudosas credenciales políticas porque quería elucidar unos hechos inquietantes en lugar de satisfacerme en una figuración complaciente.

A mi llegada, mi apartamento estaba frío y con ese aspecto inequívoco de desolación y tristeza que tienen los lugares donde hemos vivido y hemos abandonado durante un largo tiempo. Di la calefacción y abrí el ordenador para ver si había algún correo y sobre todo para comprobar si Alba me había escrito. En el estante de la cocina, una foto de los dos juntos abrazados y sonrientes había congelado el tiempo en un segmento del pasado que era ya irrecuperable pero que requería mi atención con insistencia. Era una foto en el muelle de Santa Bárbara. Nos había sacado la foto un bañista y estábamos los dos displicentemente felices en uno de esos atardeceres con neblina que son típicos de esa ciudad. Alba me había abierto al mundo de fuera de la universidad, con ella había descubierto la naturaleza, el mar, la música pop, y yo a ella le había entreabierto mi pasado del viejo continente. No sabía si todo ello volvería a ser de nuevo aunque, en realidad, me temía que no volvería a repetirse.

Alba no me había escrito y quise suponer que tal vez había estado demasiado ocupada en su trabajo. También pensé que no iba a escribirme más o que, de hacerlo, sería para decirme que lo nuestro había concluido. Aquella noche me fui a dormir combatiendo el jet lag y pensando en nuestros paseos juntos por el Poble Sec y Montjuic con ella y Quim. Cuando me encontrara más readaptado a mi renovado entorno, me vería con el Pope, como llamábamos al profesor Robertson.

Estuve días sin noticias de Alba y Quim. Le escribí varios emails a Alba pero no me contestó a ninguno de ellos. Leía y escribía desde la mañana a la noche. A veces, iba a la biblioteca, otras me quedaba en casa y escribía mientras oía

música de Mahler, que ha sido siempre mi músico preferido para intensificar mis sentimientos y darles mayor lucidez a mis ideas. Le escribí a mi profesor que lo que se ha llamado la revolución española, lo que Orwell elogia como uno de los logros de la historia española y de Cataluña en los años treinta no había podido triunfar porque los revolucionarios auténticos, como Durruti, habían sido aplastados por los supuestos abanderados de la revolución. El pacto de Moscú de 1939 fue la prueba de que los intereses del estado, en este caso de Stalin y la Unión Soviética, iban a prevalecer por encima de los de los trabajadores. Como mantenía Trotski, la revolución había sido así traicionada.

El profesor Robertson me contestó afirmando que no estaba de acuerdo con mi interpretación y me dijo que le resultaría difícil aceptar una tesis doctoral con esas premisas y esa conclusión. Según él, la República había perdido la guerra por su falta de equipamiento militar y porque las democracias occidentales se habían desentendido de su suerte. Y, en particular, porque la ausencia de disciplina interna había provocado el desorden y el caos. Y los sucesos del 37 en Barcelona eran un ejemplo de ello. Lo que para mí había sido una conspiración por parte del PSUC estalinista en contra del POUM y la CNT, para mi profesor era una muestra más del aventurismo de los anarquistas del que Durruti había sido siempre el mejor ejemplo. La obcecación de los anarquistas en realizar una revolución de inmediato y su negativa a someterse a la jerarquía y el orden propios de cualquier organización militar contribuyeron a la falta de estrategia y objetivos claros del ejército republicano. Pero, sobre todo, para mi profesor la ayuda de Hitler y Mussolini, tanto con hombres como con

armamento y apoyo logístico, había sido decisiva para el triunfo de Franco.

Me di cuenta de que mi versión no iba a contar con el beneplácito de mi profesor y que debería contar solo conmigo mismo para llevar a cabo mi investigación. Al final, sin embargo, esperaba que podría llegar a convencerlo de mi interpretación. Él mismo me había enseñado que la historia no es una ciencia absoluta y definitiva sino que tiene parte de relato y el punto de vista de quien la narra es determinante en esa narración. Yo iba a proponer mi propio relato, lo haría de acuerdo con los datos que había descubierto y siendo perfectamente consciente de que era tan solo una versión subjetiva, pero centrada en hechos que yo había contrastado. Me aproximaba a la historia con una mente abierta y no fija de antemano en una visión preconcebida de los hechos. Durruti, y con él los anarquistas habían sido tal vez una fuerza contraproducente para el desarrollo de la causa de la república y la guerra española, pero al mismo tiempo su ejemplo, a diferencia de muchos otros, seguía inamovible por encima de los avatares históricos.

Hacía más de una semana que no tenía ninguna noticia de Alba y finalmente dejé de escribirle. Me parecía absurdo romper una relación por diferencias ideológicas que, por mi parte, ni siquiera eran decisivas ya que estaba dispuesto a incluir su visión de la guerra en Barcelona y Cataluña como una versión legítima, si no la única, de lo que había acontecido. En esos días de soledad e incertidumbre, me acordé de que tenía una antigua conocida de mis años de secundaria que se llamaba Amy con la que había tenido una relación ocasional y

frenética que había sido lo suficientemente breve como para que no tuviéramos tiempo de desilusionarnos por completo. Yo estaba solo, me sentía saturado de revolución y anarquismo y decidí que tal vez Amy todavía se acordaría de mí y querría reanudar un contacto que había quedado pendiente con el tiempo. La llamé y me recibió con una calidez y entusiasmo inusitados, como si no hubiéramos dejado de vernos nunca.

Tengo una pésima aproximación a los inicios de cualquier relación, me pongo nervioso, de inmediato emerge mi posición de intelectual, no sé qué decir, me quedo bloqueado y me veo ridículo y fuera de lugar, pero con Amy fue diferente desde la primera conversación por teléfono. Sabía, claro está, que el tema de mi tesis sería tabú con ella y no debía insistir en lo que en ese momento constituía el núcleo de mi vida, lo que le daba sentido y finalidad. De España ella conocía algunos nombres de playas, como Marbella y Sitges, también sabía lo que era una paella y su juicio de Barcelona se nutría de lo que le habían contado sus amigos que habían estado allí de visita, a cool place, las Ramblas, la agitación de las noches, los restaurantes en la Barceloneta, las tabernas del port vell y la Ribera. Amy había acabado sus cuatro años en un *college* selecto y prestigioso en Vermont, en el este del país, y se había puesto a trabajar de inmediato en una empresa de importación. Había tenido la buena fortuna de poder llevar una trayectoria de éxito personal fácil y rápido, mientras que yo me había empeñado en profundizar en temas abstrusos y arcanos que no le interesaban a casi nadie y desde luego no a ella. Amy poseía, sin embargo, el atributo singular y excepcional de levantarme el ánimo y, cuando le dije por teléfono que estaba solo y

decaído y que me había estancado en mi trabajo en la universidad, se prestó a ayudarme.

Orwell arguye en su libro sobre Barcelona que la ciudad tenía una larga tradición de lucha política en las calles y que los sucesos de mayo del 37 no eran sorprendentes porque se correspondían con esa tradición. La diferencia en ese momento es que la lucha callejera había dejado de ser un enfrentamiento de clase opuestas, como en el pasado, el gobierno y la burguesía por un lado y los proletarios de la ciudad por el otro, para convertirse en un enfrentamiento entre los mismos trabajadores para imponer su modelo de sociedad y revolución. Orwell trata de ser imparcial y honesto en su presentación de esos hechos decisivos en la historia de la ciudad. Reconoce que los anarquistas se negaron a entregar las numerosas armas que poseían y ponerlas a disposición de la República en su lucha contra el franquismo, pero también advierte que la desconfianza de los anarquistas hacia el gobierno y el creciente poder del PSUC y los agentes estalinistas les impedían quedarse desarmados y en manos de los que detentaban el poder.

Los anarquistas carecían de líderes fiables en gran parte porque detestaban la idea del mando y en el frente se negaban a seguir las normas convencionales del poder militar. No respetaban las jerarquías y se adherían a un concepto estricto de la igualdad entre todos por igual. Y, a pesar de esta ortodoxia libertaria, los anarquistas veneraban el poder del carisma de sus héroes. La evocación del solo nombre de Durruti sirvió poco después de la liberación de Barcelona en julio del 36 para organizar el equivalente de una división de

tres mil hombres que se fue agrandando en número a medida que avanzaba desde Barcelona hacia el frente de Aragón. Si en 1937 Durruti hubiera estado en Barcelona, creo que el desenlace de los acontecimientos hubiera sido diferente. Pero convenía que Durruti no estuviera presente ni allí ni en el resto de la guerra y pienso que esa es la razón por la que fue eliminado. Sin él, el anarquismo contaba con un símbolo incuestionable y eterno, pero carente de efectividad, y esa es una de las razones por la que mayo del 37 significó una derrota para el anarquismo y su revolución. A partir de ahí se impuso la línea de la inflexibilidad y el poder de los partidos militaristas.

Yo le contaba a Amy estas reflexiones mías en torno a Barcelona y ella me decía que habían transcurrido muchos años y que ya nadie se acordaba de ello. La ciudad era ahora un lugar para divertirse y gozar de lo mucho que tenía que ofrecer. Ella había visitado la ciudad y no había visto ningún resto o evidencia de ese pasado sangriento que yo le refería y del que ella no había advertido ningún vestigio aparente. “Cuando estuve allí, me contradecía Amy, lo más que vi fueron las ruinas romanas de la ciudad y el masivo monumento en Plaza Cataluña al que le habían dicho era uno de los fundadores de la Cataluña moderna”. Y Amy tenía razón en parte, el pasado puede ser un lastre para el presente y ella, toda sensualidad y delectación californianas, veía ese pasado desgarrado que yo le contaba como una distracción para su espíritu de placer y gozo.

Alba seguía sin escribirme y no supe nada de ella hasta que me llegó un email de un conocido diciéndome que ella y Quim vivían juntos y que suponía que no lo hacían solo para compartir un piso en común. Se había cumplido lo que temía:

como ocurrió en el pasado que yo estaba estudiando, se actualizaban de nuevo los odios ideológicos que ya habían definido la historia de la ciudad. Para Alba y Quim, yo era demasiado inquisitivo y crítico, en lugar de aceptar una versión ortodoxa y correcta de la historia, me entregaba a elucubraciones estériles que acababan diluyéndose en el error. Mi visión de la vida de Durruti y la Barcelona de su época era demasiado ecuánime y fría, la historia debía ensalzar y defender a sus víctimas y, en el caso español, era obvio que esas víctimas habían sido los vencidos de la Guerra Civil. Como ya había ocurrido en el pasado, enjuiciar al bando de los vencidos en el conflicto era considerado como una falta imperdonable, pero, desde mi perspectiva, era lo necesario, lo que había que hacer.

Amy estaba maravillosa conmigo. En el tiempo en que habíamos perdido el contacto, se había movido de una costa a otra del país. Tenía un trabajo que le había requerido viajar y lo había hecho extensamente y, como ella decía, no le había quedado demasiado tiempo para elaborarse una vida personal. Se había casado por un impulso irrefrenable en un viaje a Atlantic City. En una noche de casino y de juego, había conocido a un libanés de quien se había enamorado instantáneamente y, esa misma noche, sin pensarlo más, habían firmado los papeles en una de esas compañías de matrimonio por la vía rápida que son comunes en los lugares de juego en América. Todo se había venido abajo en unas semanas. Hicimos el amor, como nunca lo había hecho antes, salvajemente, de la mañana a la noche sin parar, me contaba sin tristeza, pero, cuando se acabó ese primer flash eufórico, él volvió a Beirut y no he vuelto a saber más de él. Me divorcié

por mi cuenta y ni siquiera creo que él haya recibido los papeles.

Los dos habíamos sufrido las consecuencias del fracaso en el amor y habíamos sufrido por ello. Habíamos seguido caminos muy diferentes, el suyo era tal vez el más genuino en cuanto que se movía en un medio de hechos y sentimientos reales más allá del refugio y amparo de los campus y la universidad. Conocíamos nuestros límites y sabíamos el territorio del otro donde no íbamos a introducirnos. Ella no sabía quién era Durruti y yo no entraría en su mundo de la importación. Por las mañanas seguía trabajando en lo mío y algunas tardes me veía con ella e íbamos juntos a la playa.

Le decía a Amy que mi trabajo era muy extraño porque mientras ella y la mayoría de la gente dependía de los datos del presente más inmediato para trabajar y progresar, lo que yo hacía estaba conectado estrictamente con lo que había ocurrido hace mucho tiempo y no parecía mantener ya ninguna relación con el presente. Ella se movía entre hechos concretos e innegables. Yo operaba en las sombras y las figuraciones de mi mente. Lo que ocurrió hace tanto tiempo tal vez no tenga importancia para el presente, me defendía, pero para mí es decisivo porque pienso que todavía define cómo es el mundo hoy.

Una tarde me llevó a conocer a su padre. Se había separado de su mujer y vivía en San Clemente, en una casa de paredes blancas y tejado de arcilla ocre con vista a un mar de un horizonte ilimitadamente azul. Durante un tiempo, me confesó Amy, no quería verme con él, estaba resentida porque yo

pensaba que me había dejado a mí y a mi madre solas por seguir a una chica mucho más joven que él. Pero luego, cuando se le acabó esa relación, le vi vulnerable y solo y la compasión me hizo acercarme de nuevo a él, y creo que hemos recuperado parte del tiempo perdido.

Llegamos al atardecer a su casa y, desde el balcón, se percibía la línea del océano entre la bruma. Pensé que, si algún día tenía la suerte de poder jubilarme, me gustaría vivir en un lugar así. El padre de Amy se llamaba Andrew y, después de venderse las pocas posesiones que le quedaron después del divorcio, se había instalado en un lugar donde olvidar los errores que había cometido en el pasado. Entre ellos, me había dicho Amy, el que más lamenta es el de haber abandonado a mi madre y haberla dejado morir en la soledad. Un error que nunca ha llegado a aceptar a pesar de que ella se lo había perdonado.

Andrew había estado en la guerra del Vietnam y allí había contraído un tipo de rara enfermedad nerviosa, un síndrome postraumático que le había afectado intermitentemente a lo largo de su vida y le había llevado varias veces al hospital militar donde había recibido cuidados intensivos. Él culpaba a esa enfermedad por las tensiones en su matrimonio que le habían llevado a la turbulenta separación de su mujer. Mi madre, le había revelado Amy, lo pasó muy mal durante años, no supo adaptarse a su nueva vida y sufrió varios ataques depresivos que le llevaron incluso al alcoholismo. Mi madre era una persona muy sensible que no entendió nunca que mi padre pudiera abandonarla. Y yo sé que de una manera u otra siempre he acarreado ese lastre de culpabilidad y acusación

con relación a mi padre, creo que he superado esos sentimientos a nivel racional, pero no sé si todavía me siento así.

Cuando le comenté a Andrew que estaba trabajando en una tesis sobre Durruti y el anarquismo en Barcelona me sorprendió no advertir en él la expresión de asombro y sorpresa que producía mi proyecto a quienes se lo mencionaba. Andrew tenía conciencia de la historia y era capaz de situar los hechos y las ideas del pasado en un marco temporal que tenía explicación por sí mismo y que transcendía lo estrictamente actual. Para Andrew, la guerra del Vietnam había sido el camino que le había hecho dudar de su patriotismo y su fe en la sociedad americana. Fui al Vietnam, me dijo desde la terraza de su jardín mientras bebía del vaso de una piña colada, porque pensaba que era la mejor manera de defender la democracia y la libertad en el mundo. Siempre había pensado que esta era una nación generosa, como lo habíamos sido contra Hitler y el fascismo y, en la Primera Guerra Mundial, contra el maldito expansionismo alemán. Fui a defender no solo a mi país sino la libertad de todos. No era el único que iba a Vietnam de manera inocente, tuve otros compañeros que estaban allí con las mismas convicciones que yo, pero poco a poco fui desilusionándome y me di cuenta de que no se puede vivir de la adhesión a un sistema o una idea única y creer a ciegas todo lo que te enseñan en el colegio. Los americanos tenemos una tendencia a la buena fe y a creer en las ideas del progreso y la igualdad para todos. Y en Vietnam me di cuenta de que estábamos allí por razones equivocadas que no tenían que ver con los principios por los que yo había luchado. La guerra civil española fue una guerra de principios,

perdieron los mejores, la República cometió errores, pero sus combatientes se defendieron valientemente y entre ellos especialmente los anarquistas. Por eso, lo que tú estás haciendo no me parece una pérdida de tiempo. Todo lo contrario, podemos aprender de ese pasado. Solo te pediría que te defendieras frente a la tentación de las apologías ciegas. Mira lo que pasó con Kennedy, a quien teníamos casi santificado y luego averiguamos todo el trasfondo de su vida personal de manipulación y traición a sus principios. Lo que sé de Durruti es que murió al principio de la guerra y su muerte fue una gran pérdida para las fuerzas republicanas.

Lo que me admiró de Andrew nada más conocerlo es que parecía interesarse en lo que sobrepasaba su pequeño marco local, que era capaz de superar el medio paradisiaco del sur de California, que para él existía algo más que su casa y su historia personal, que algo que había ocurrido muy lejos tanto en el espacio como en el tiempo podía implicarlo personalmente y convertirse en un tema personal. Me pidió que, cuando concluyera la tesis, se la dejase para leerla y me aseguró que iba a informarse más sobre Durruti, la Guerra Civil y el anarquismo para entender mejor mi manuscrito. “España siempre me ha fascinado”, me dijo con entusiasmo. “Conozco Toledo, Segovia y en Andalucía, Sevilla y Córdoba, y también Barcelona que es mi ciudad favorita en Europa. España me parece el país donde se vive más intensamente de todos los países europeos”.

Andrew nos dejó su pequeño barco de vela y, desde el puerto de Dana Point, Amy y yo salimos a hacer una travesía por la costa. Cuando estuvimos ya en el mar abierto, pudimos

contemplar en la distancia las colinas donde estaba la casa de Andrew. Amy me confesó que debía ser triste acabar la vida como su padre, habiendo perdido la confianza en los principios en los que había creído. Para mi padre, la experiencia del Vietnam y lo que produjo aquí en el país después fue algo que no pudo superar más y que señaló para siempre su vida. A mí la política me ha parecido siempre una pérdida de tiempo y nunca me ha interesado el lenguaje de los políticos, en gran parte gracias a lo que he visto que le ha ocurrido a mi padre. El creía en su país y en los principios que él creía el país encarnaba. Se sacrificó por todo ello y no ha obtenido finalmente más que la indiferencia general. Es el destino de todos los que han perdido en la historia a los que no les queda más que la memoria del dolor propio. Ahí tienes a mi padre sin esperanzas, esperando la muerte entre las sombras de unos recuerdos que casi nadie entiende ya y que a nadie interesan.

En el azul impecable del cielo que veíamos desde las banquetas de nuestra embarcación impulsada por un viento suave y benévolo, el tema de nuestra conversación dejaba de tener sentido. Dejarse llevar por el impulso del placer era probablemente legítimo en ese momento. Amy se había sacado la parte superior de su bikini y yo contemplaba el brillo de sus pechos perfectos. Lo más fácil era aceptar la inercia de las circunstancias, nadie me exigía nada en ese momento, estaba lejos de la universidad, de mis libros, del reclamo persistente de mi ordenador que me exigía que completara las páginas de un proyecto que yo había concebido originalmente como una transformación radical del mundo que iba a afectar tanto mi vida como la de mis contemporáneos de manera definitiva y que finalmente, yo sabía que, en el mejor de los

casos, solo tendría un mínimo impacto entre los miembros de mi comité. Amy, tendida al sol, ajena a todas mis vacilaciones de intelectual indeciso, no me demandaba ningún compromiso ni responsabilidad más que la gratificación inmediata de los sentidos. El Dorado.

Habíamos recogido las velas de la embarcación y nos movíamos suavemente a merced de la oscilación imperceptible de un mar desacostumbradamente en calma. En ese momento, sentía que el mundo podía estar bien hecho, que si me dejaba llevar por la fuerza del presente y me olvidaba del oneroso lastre de la historia pasada podía vivir en paz por largo tiempo. En el pasado, el cuerpo apetecible y cálido de Amy me hubiera llamado irresistiblemente, pero ahora no me sentía atraído por aquella mujer jovial y cariñosa que me ofrecía generosamente la vitalidad y la confianza que ella poseía en ese momento y que era ciertamente más de lo que yo podía ofrecerle.

Siempre has sido algo enigmático, me dijo dirigiendo intensamente la vista hacia mí. Ya lo eras cuando éramos estudiantes y ahora lo eres todavía más pero, precisamente porque eres distinto, porque no se te define de una vez por todas, me interesas todavía más. Lo que deberías hacer es sencillamente dejarte ir, soltar amarras, dejar lastre, yo estoy dispuesta a ayudarte en todo siempre, iría contigo donde tú quisieras ir, solo tienes que pedírmelo.

Escuché sus palabras sin contestarle, relajado y tranquilo bajo el sol y la luz del mediodía. Estuvimos callados durante largo tiempo, como si nadie se atreviera a ser el primero en romper el silencio. Notaba que Amy quería preguntarme algo,

pero no quería hacer nada por averiguarlo. Repentinamente, tras un largo tiempo sin hablarnos, me preguntó sin reservas: “¿Por qué no nos vamos a Las Vegas y nos casamos allí?”, me dijo, como si fuera la pregunta más espontánea y previsible del mundo. Teníamos que haberlo hecho hace tiempo, cuando nos conocimos -continuó, decidida-. Estamos hechos el uno para el otro. Yo te dejo ser como eres. No te cuestiono por nada. Acabas tu tesis y luego nos buscamos un apartamento junto al mar en la Jolla o en Newport. Vamos a ser felices, estoy segura. Hemos pasado ya la fase de la pasión y las promesas eternas, pero mantenemos el deseo y la motivación de antes. Yo he estado casada ya una vez y no me fue bien, pero contigo estoy segura de que sería distinto.

La pregunta había sido abrupta y sorprendente, pero conocía a Amy y en ella no quedaba fuera de lugar. Amy era impulsiva y, cuando quería algo y tenía un deseo, no dudaba en tratar de realizarlo de inmediato, no porque fuera impositiva sino porque le parecía que no manifestar lo que quería era una forma de hipocresía e impostura. Sin saber muy bien cómo contestarle, le dije que acabábamos de volver a estar juntos después de mucho tiempo de no vernos y de no saber nada del otro, pero que lo que me proponía me halagaba y que siempre había tenido un gran afecto por ella precisamente porque no era como yo, porque era espontánea y natural y no le fascinaban las palabras y las ideas grandilocuentes como a mí, sino que vivía día a día, en el presente y le gustaban los sentimientos sencillos.

Dame alguna esperanza de que no abandone, prosiguió, de que puedo seguir persistiendo, de que esta vez vamos a seguir

uno junto al otro, aunque no sea por las razones más grandes del mundo, tú porque te han dejado y estás solo con tu tesis y yo porque también estoy sola y en el fondo siempre he estado enamorada de ti, desde que nos conocimos en la secundaria y tú fuiste el único de todos mis amigos de esa época, muy difícil para mí, que quería estar conmigo y que me llevó al baile de fin de año y bailó conmigo por encima de mi inseguridad y mis piernas demasiado delgadas, que no sabían andar sobre tacones. Me viste, sencillamente me viste cuando era invisible para todos los demás y nunca me he olvidado de eso.

Seguimos en el barco hasta la tarde, adentrándonos más en el mar hasta perder de vista las colinas donde se hallaba la casa de Andrew que ya no podíamos distinguir. Estuvimos solos casi todo el tiempo viendo solo alguna que otra embarcación de vela que pasaba cerca de la nuestra. El sol se cernía sobre nosotros y su presencia, reconfortante y acogedora, anulaba los sentimientos de angustia y soledad que había sentido a mi regreso de Barcelona. Estaba con aquella mujer vital y segura, que no me cuestionaba, que se abrazaba a mí dentro del agua y me besaba en la boca con fuerza mientras yo tocaba sus pechos firmes y sensuales. *Carpe diem*, entregarse al presente sin considerar ni el pasado ni el futuro, el nirvana del placer instantáneo, vivir hoy, con Amy, el mar y los grupos de pelícanos, grandes y majestuosos, que sobrevolaban en formación por encima de nosotros.

El secreto, me aseguraba Amy con su sonrisa de dientes blancos, bellos y perfectos, es romper con todo lo que te ata y no te deja gozar de lo que tienes, una filosofía que había aprendido en un seminario sobre meditación al que había

asistido con frecuencia. Lo que nos esclaviza, decía, son las falsas ataduras, los grandes propósitos, los deseos inalcanzables, lo que está más allá y no llegará nunca o lo que ocurrió de manera desafortunada y cuyo recuerdo nos tortura todas las horas del presente.

Cuando regresamos de vuelta al embarcadero donde Andrew dejaba atracado su barco, estaba empezando el crepúsculo. Recordé mis paseos por el puerto de Barcelona, abrazado a Alba y sabía que iba a volver a aquella ciudad en la que había dejado demasiadas prendas como para olvidarla para siempre. Andrew me dijo que se había puesto ya a estudiar la historia de la guerra civil española y que iba a leer a Hemingway y Dos Passos para poder hablar conmigo con conocimiento de lo que decía. La última guerra fundada en grandes valores universales, afirmó. Nada más que la suerte de toda la humanidad estaba en juego. El hombre del futuro, de la libertad, una sociedad mejor, y los españoles perdieron. Nosotros tuvimos más suerte y pudimos imponernos al fascismo. Los españoles tuvieron que soportarlo durante muchos años más y nosotros somos también responsables porque jugamos el juego de la supuesta seguridad mundial, y España era una pieza importante en ese juego que no podíamos perder.

Había completado el primer capítulo de mi tesis que estaba dedicado a la infancia y juventud de Durruti antes de su llegada a Barcelona. Durruti pertenecía a una familia numerosa compuesta por siete hermanos y una hermana con mínimos recursos económicos. El padre trabajaba como empleado en los Ferrocarriles del Norte de España, entidad que se caracterizaba por el militantismo de sus trabajadores,

altamente politizados y dispuestos a la acción directa para conseguir sus objetivos sindicales. Durruti empieza a trabajar a los catorce años como mecánico ferroviario con un sueldo inicial de un real diario. A los diecisiete años, en 1913, se afilia en la sección metalúrgica de la Unión General de Trabajadores, el sindicato socialista al que se sentía afín en parte porque se correspondía con la ideología de su padre. Durante la huelga general revolucionaria de 1917, Durruti desobedece las consignas de la UGT contrarias a la violencia. Durruti desacata esas órdenes y como consecuencia es expulsado de la UGT. Esos actos en contra de la disciplina de una organización política se convierten en la trayectoria general de su actividad durante toda su vida. Durruti no pertenecerá nunca al *mainstream* político de su tiempo. Vivirá siempre vinculado a su osadía en enfrentarse a lo que juzga son las aberraciones de una estructura social explotadora y del temor que su actitud desafiante despierta en los que se sienten amenazados por ella. La frontera entre la conquista social y el delito no quedará nunca bien delimitada en el perfil de Durruti y esa es una de las dificultades conceptuales que los historiadores actuales tienen para definir y explicar su figura. Durruti como visionario y héroe icónico de una sociedad igualitaria y libre o Durruti como un *outlaw*, un fuera de ley, que no tuvo reparo en usar la lucha armada para obtener sus objetivos y que murió de la misma manera que había vivido, a partir del derramamiento de sangre.

Un ejemplo de su actividad al margen de la ley es patente en la conexión de su nombre con el asalto al Banco de España en Gijón en el que los atacantes consiguieron un botín considerable para la época de más de seiscientas mil pesetas.

Junto con otros anarquistas como Suberviola, Ruiz, Adabaldetrecu o Marcelino del Campo forma un grupo armado de acción política llamado Los justicieros. Este grupo es el que en 1921, durante la inauguración del teatro Gran Kursaal en San Sebastián, lleva a cabo un atentado contra el rey Alfonso XIII que no llega a tener éxito. Durruti figura ya en la cabeza de lista de la policía de todo el país y no dejará de estar en esa posición hasta el final de su vida.

Amy me había preguntado con sorpresa por qué yo, que era un hombre tranquilo y de ideas pacifistas, me había interesado en la figura de este hombre que había hecho de la violencia revolucionaria el motivo central de su vida. No lo entiendo, no lo entiendo, me decía, sorprendida. Y, en principio, Amy tenía razón. Los métodos del anarquismo de esa época no solo no tienen justificación ni en el pasado ni en la actualidad sino que además hoy no son ya suscritos ni siquiera por los mismos anarquistas. Pero para mí, el caso de Durruti es de interés precisamente en sus contradicciones y ambivalencias, en los puntos oscuros e indefinidos, en el hecho de que, al cabo de varias décadas después de su muerte, Durruti sea todavía un hombre de dimensiones extraordinarias que sigue siendo una inspiración para muchos por su dedicación a una causa que no era para su propio beneficio personal sino para el avance de su grupo social.

Mi manuscrito no será nunca de carácter moral, no voy a juzgar o evaluar los actos de Durruti, el que estuviera perseguido por la policía de varios países, desde Francia a Chile y Argentina, el que tuviera varias condenas de muerte a sus espaldas, lo que quiero estudiar es su perfil humano, lo que le

constituye como individuo representativo de una época definida por el caos y el enfrentamiento directo entre ideologías irreconciliables. Definir a Durruti es definir toda una época que, por una parte, está lejana pero, por otra, todavía está con nosotros, nos habla y condiciona lo que hoy pensamos y somos.

La trayectoria de Durruti para mí va asociada con Barcelona. Ese es el Durruti que me fascina porque lo vínculo con la ciudad, con sus barrios y sus calles angostas, oscuras e insalubres, a las que Buenaventura llega en 1920 por consejo de Manuel Buenacasa para organizar las actividades de la Confederación Nacional de Trabajadores, la famosa CNT. Durruti es, como tantos habitantes de la ciudad en ese momento, un inmigrante, un venido de fuera. Allí conoce a otro inmigrante, Francisco Ascaso y, junto con otros dirigentes obreros de la ciudad, crean Los solidarios, un grupo de acción política en el que quedan integrados figuras como Joan García Oliver, Ricardo Sanz, Manuel Torres y Pepita Not, entre otros.

El argumento principal que ofrecen para justificar la creación de ese grupo de acción armada es que es el único medio de contrarrestar los actos de agresión indiscriminada del llamado Sindicato Libre, promovido y subvencionado por los miembros de la organización patronal. Es un desafío abierto a esa organización y como tal es recibido por ella que los perseguirá con todos los medios a su alcance. El propio García Oliver en un discurso que pronuncia el año 1937 con motivo de la inauguración del mausoleo en homenaje a Durruti en el cementerio de Montjuic lo reconoce abiertamente al afirmar que Los solidarios se convirtieron en “los reyes de la pistola

obrero de Barcelona, los mejores terroristas de la clase trabajadora, los que mejor podían devolver golpe por golpe. Nos unimos y formamos un grupo, anarquista, un grupo de acción, para luchar contra los pistoleros, contra la patronal y contra el gobierno.”

He visto el documental del discurso de García Oliver y lo que me impresionó en él, además de la contundencia de las palabras del compañero de Durruti, fue la indumentaria de García Oliver, vestido con impecable traje y corbata que se correspondían tal vez con el despacho de un ministro de Justicia de la República pero que disonaban con el mono de trabajo y las ropas de los milicianos del momento. Es significativo notar que del núcleo del grupo inicial de Los solidarios, Ascaso y Durruti mueren en la defensa de Barcelona y Madrid respectivamente, mientras que García Oliver puede escapar al exilio y muere pacíficamente en México en 1980. De lo que no hay duda es que Barcelona en esos años es la ciudad anarquista por excelencia y los grupos de la CNT y la FAI se transforman en los dueños de sus calles, o por lo menos de las calles de los barrios de los trabajadores, porque hasta el inicio de la guerra los anarquistas se negaron a entrar en los corredores del poder.

Para mí, le decía a Amy en nuestras conversaciones en torno a mi tesis, que me horrorizan las armas y las pistolas y soy completamente contrario a la libre pertenencia de armas que tenemos en este país y que tantas calamidades ha ocasionado, me es imposible aceptar la lucha armada, el reino de los pistoleros tanto anarquistas como de los asociados con sus patronos y la única manera de entenderlo es el conocer las

condiciones de vida de los trabajadores; en gran parte inmigrados, como Ascaso y Durruti, de zonas miserables del país y el deseo de rebelarse contra su condición de abandono y marginación. No puedo defender sus métodos, pero entiendo su motivación y propósitos que estuvieron provocados por las circunstancias hostiles del momento. Al menos, ellos actuaron de manera consecuente con sus principios y, como en el caso de Durruti y Ascaso, lo hicieron hasta la entrega de la propia vida.

Alba me había escrito finalmente y me confesaba en un email que había decidido unirse al grupo de Quim. Mi visión de lo que ella llamaba la causa libertaria era contraria a lo que ella deseaba y me acusaba de estar deformando el sentido de la vida de Durruti y de los que, como él, había luchado contra unas fuerzas muy superiores, tanto del bando franquista como de los grupos sometidos a las órdenes de Stalin. Yo sabía que Alba probablemente iba a cambiar en el futuro y que incluso era posible que reconsiderara su posición con respecto a mis ideas, pero esperar ese cambio me pareció una tarea para la que no estaba dispuesto en ese momento.

A mi profesor el capítulo de la tesis que le había entregado le había parecido teóricamente defendible y, aunque no estaba de acuerdo con mi propuesta respecto al papel destabilizador que la CNT y la FAI habían jugado dentro de la República, a la que habían saboteado como una institución burguesa que se avenía a los intereses de los capitalistas, entendía que la utilización de la violencia armada había provocado la reacción de las fuerzas más tradicionales que había desembocado finalmente en la rebelión del general

Franco. De todos modos, mi profesor aprobó el capítulo e incluso me alentó a que continuara con la siguiente fase del proyecto.

Amy me había dicho que me acompañaría a Barcelona en mi próxima visita para continuar la investigación y se había interesado de tal manera en mi trabajo que me había pedido varios libros sobre la República, la guerra de España y el franquismo. Se había puesto a estudiar español y catalán y yo le había prestado algunas de las grabaciones en DVD que tenía sobre la época. Nos sentábamos los dos en la mesa de la cocina de su apartamento y, enfrente del ordenador, mirábamos los vídeos de la época. Ella no había visto casi ninguna película en blanco y negro y, para ella, la experiencia de ver un cine histórico sobre un periodo lejano y remoto de la historia de otro país era algo insólito e inesperado. Si no fuera por ti, me decía, no habría sabido nada de todo esto que para mí era completamente desconocido.

Mirábamos las imágenes de la ciudad de Barcelona y yo le enseñaba las plazas, las avenidas y los barrios más secretos de una ciudad que ella no conocía y que le había prometido enseñarle en nuestro próximo viaje. Iremos a pie desde el puerto a la plaça del Diamant en Gràcia y de allí caminaremos a Sarrià y la avenida del Tibidabo. Me da algo de miedo tu ciudad, me intimidas, me decía, habrá cambiado mucho desde la época de Durruti, aunque, cuando vaya, sé que podré reconocer todos los lugares que me has enseñado.

Cuando Amy leyó *Homenaje a Cataluña* de Orwell me dijo que no entendía cómo una persona como Orwell había sido

capaz de abandonar Inglaterra para trasladarse a un país en guerra y alistarse, y además, para ir al frente y participar en acciones de guerra donde fue gravemente herido. Sé que lo hizo por sus ideas, pero para nosotros en este momento todo esto es muy extraño y yo, como mujer, no siento conexión con ello, no creo que pudiera dejarlo todo por algo que no me afectaba a mí de manera directa. El episodio del traslado de Orwell malherido desde el frente de Huesca a Barcelona, en condiciones pésimas de higiene y comodidad, rodeado de otros combatientes que carecían de atención porque faltaban médicos y enfermeras para atenderlos adecuadamente, resumía para ella el significado último del hecho de la guerra para la que ella no encontraba justificación.

Yo le argüía que, a veces, no hay alternativa para la guerra. Es el caso de Durruti y sus compañeros de la CNT. Los anarquistas siempre se habían negado a ser militarizados y a ser enrolados en el servicio militar. Y, sin embargo, cuando ocurre el levantamiento en Barcelona en el mes de julio de 1936 no dudan un momento en emplear las armas para enfrentarse a unidades profesionales con mejor equipamiento e instrucción y las derrotan y se hacen dueños de la ciudad. Y posteriormente van al frente de Aragón donde combaten con valentía, aunque con la falta de organización y disciplina típicas de fuerzas sin mandos profesionales y que, además, se negaban a ser integradas en una estructura militar.

Yo era consciente de que la sección de mi tesis dedicada a la Guerra Civil era la que podía disipar las cuestiones y dudas en torno a Durruti. Podía discutirse legítimamente su papel y su conducta en los años previos a 1936. Se le podía acusar de

haber participado en actos de gran violencia en contra de la vida y la propiedad de los demás por más que estos pertenecieran a una clase y grupo sociales universalmente odiados por los trabajadores. Podía argüirse igualmente que sus condenas en diversos países y continentes estaban justificadas porque sus actos conducían al caos social. Sin embargo, a partir del 19 de julio de 1936, la figura de Durruti se agiganta y cobra un perfil excepcional. Su papel en la defensa de Barcelona contra las fuerzas insurrectas es determinante junto con el de sus compañeros anarquistas, entre ellos Ascaso y García Oliver. Sin el arrojo y la determinación de Durruti y sus compañeros, Barcelona habría caído como cayeron otras ciudades españolas. Su posterior intervención en la creación de la columna que lleva su nombre y el del comandante Martínez-Farrás, que le asesora en su actuación, fue también extraordinaria. Fue el propio Lluís Companys quien había formado esa columna y Durruti, en lugar de asumir un papel comprensible de poder y mando, no se benefició de las prebendas que normalmente van adscritas a la jerarquía militar y arriesgó la vida en primera línea y sin ceder ante un enemigo más profesional y mejor organizado que sus improvisadas fuerzas.

En su marcha al frente aragonés, los contingentes de la columna se incrementan en número desde los tres mil hombres en un principio hasta ocho mil posteriormente, incluyendo algunos extranjeros. De nuevo es el aura de Durruti la que persuade y atrae a los demás. Si, en contra de los deseos de Durruti, no atacan la ciudad de Zaragoza y se establecen en Bujaraloz, es porque el mando militar les indica que es preferible posponer el ataque contra la ciudad. Si esta fue una

decisión correcta es debatible, pero no lo es la incondicional dedicación de Durruti a la causa de las fuerzas que él integra. Cuando en noviembre se le instruye que se traslade a la defensa de Madrid cuando la ciudad parece destinada a ser tomada por las fuerzas franquistas, Durruti se niega a recibir órdenes de la jerarquía militar, pero finalmente accede comprendiendo que la defensa de Madrid es prioritaria y esencial no solo para el país sino también para la causa revolucionaria que para él es fundamental.

A la columna Durruti se le asigna unirse a la defensa de la Ciudad Universitaria que en esos momentos estaba en situación difícil. Allí se dirige la columna a mediados de noviembre y, como ya es sabido, Durruti es alcanzado por una bala el 19 de noviembre y muere a la madrugada del día 20, justo el mismo día que era fusilado José Antonio Primo de Rivera en la cárcel de Alicante y el mismo día en que, casi cuarenta años después, moriría el general Francisco Franco. Es una de las coincidencias contradictorias de la compleja biografía de Durruti. Otra sería el que uno de sus hermanos estaba afiliado a la Falange y fue ejecutado por las fuerzas republicanas. De todos modos, como ocurre con la muerte del propio Durruti, la suerte de su hermano es puesta en duda por algunos estudiosos por lo que deberé extender mi investigación a estos aspectos.

Acepto, no obstante, que no sea posible resolver de manera definitiva las zonas de sombras de la biografía de este hombre que ocupa un espacio de significación especial en la conciencia ideológica de su época. Esa es la razón por la que un formato que combine los elementos históricos con los accionales debe

permitir explorar lo que de otro modo es un enigma interminable. Pienso que es precisamente la naturaleza abierta y contradictoria de la figura de Durruti la que lo convierte en una de las figuras claves de ese periodo.

A Amy le sigue preocupando la cuestión ética en torno a este hombre, el hecho de que estuviera implicado en la violencia en contra de personas inocentes, lo que para ella lo asemeja al terrorismo actual que mata indiscriminadamente sin importarle las consecuencias de sus actos sobre seres que no guardan ninguna relación con el atentado en el que se ven implicados al margen de su voluntad. No tengo una respuesta satisfactoria a esta pregunta de Amy, lo que sí puedo decirle es que los actos de Durruti previos a la segunda República responden a lo que puede calificarse como la fase preliminar del propósito político de Durruti, motivado por su repulsión de la injusta situación de su familia y sus compañeros de trabajo.

En Barcelona, Durruti adquiere conciencia no tanto del valor de la acción individual como del poder del esfuerzo colectivo de su movimiento, y en particular de la CNT. Durruti sabía que en su organización había hombres próximos a la criminalidad y el fanatismo ideológico, que son los que cometieron los actos más nefastos de vandalismo y muerte durante los primeros días después de la derrota de Goded en Barcelona. En algunas ocasiones, él mismo se encarga de combatir la influencia negativa de estos hombres, como cuando en el frente de Aragón, expurga de su columna de milicianos a delincuentes que habían sido liberados de la cárcel Modelo en Barcelona.

Durruti vivió en una época en la que la violencia era un ingrediente habitual de la vida de todos los días hasta hacerse consustancial con el ritmo diario, como el levantarse por la mañana y vestirse para salir a la calle. Durruti y los suyos asumieron que para sobrevivir en ese medio no había más opción que adoptar las mismas armas de los que negaban todos los derechos a los que carecían de todo. Como ocurrió en la defensa de Barcelona y en el frente de Aragón, Durruti usó la violencia contra una violencia impuesta y absoluta. Creo que, de haber triunfado en la Guerra Civil, hubiera abjurado de la violencia para asumir las tareas de reconstrucción y mando que se hubieran requerido en ese momento. Otros revolucionarios lo hicieron en otros momentos de la historia. Aunque también es cierto que en algunos casos otras figuras revolucionarias reiteraron y magnificaron incluso por otros modos la violencia que les llevó al éxito político y al poder. Los ejemplos, desde Robespierre a Lenin, son numerosos.

En cualquier caso, estas consideraciones son mera especulación, una hipótesis sugestiva tal vez pero que no podremos llevar nunca a la verificación. Es posible que sea mejor de ese modo. La muerte prematura y súbita congeló la vida de Durruti en un momento de máximo clímax, el ápice de una vida marcada por el idealismo y la turbulencia. Eso le impidió la reconsideración y la rectificación e incluso la retractación de algunos de sus actos. La muerte hizo que las últimas y casi únicas imágenes permanentes y eternas de este hombre sean las de su cuerpo inerte con una herida mortal de bala en el pecho y las del funeral en Barcelona ante el clamor de los habitantes de la ciudad. Mi tesis incluirá los actos de violencia de Durruti que le llevaron a ser considerado enemigo

público en varios países del mundo y a estar condenado a muerte en los que el propio Durruti proclamaba con orgullo eran “cuatro Estados capitalistas del mundo.” Y al mismo tiempo integrará igualmente, y probablemente de manera más prominente, la calidad humana de este hombre antimesiánico que, pudiendo serlo, se negó a ser un jefe o un líder y que, sin embargo, fue un auténtico guía para miles de hombres que lo vieron como un redentor laico y nihilista.

Entretanto, mientras avanzaba en mi investigación y discutía con el profesor Robertson los puntos más contenciosos de la tesis, Amy continuaba con sus progresos en español y en la historia de España del siglo XX. En mis horas de desconfianza y duda, pensaba que éramos una pareja algo desacostumbrada y extraña, *a bit weird* bromeaba ella, pero luego me reponía y pensaba que, en realidad, todas las parejas tienen algo de equívoco y fuera de lo común y si ella se esforzaba en entender lo que motivaba la vida de un intelectual pasivo y cerebral como yo, por mi parte, por primera vez en mi vida, siguiendo una frase que había oído en una película de Woody Allen, estaba aprendiendo a estimar lo que una persona no perteneciente al mundo de la academia hace, cómo ama, vive y entiende el mundo. Por ello, me decidí a seguir su propuesta y nos fuimos una noche en coche los dos a Las Vegas y en una de las agencias matrimoniales de la ciudad nos casamos. Solos los dos, sin familia ni testigos, a las 2:00 de la mañana después de habernos paseado en la noche del Strip ante las miradas de los viandantes que emergían de los casinos y los hoteles gigantescos y resplandecientes con miles de luces de colores.

Mientras miraba las fuentes de Bellagio, me preguntaba si yo había aceptado el papel de todo lo que podía ofrecernos el nuevo siglo en el que eran ya imposibles los grandes sueños como el de Buenaventura Durruti y sus compañeros, empeñados en cambiar el mundo de manera radical y apocalíptica y en el que las palabras y los gestos épicos y majestuosos solo parecían poder actualizarse a través del simulacro de aquella ciudad de la opulencia y el exceso. Amy y yo nos prometimos vivir para siempre el uno para el otro y, ante la mirada irónica y sonriente del oficiante de la ceremonia, firmamos los papeles del certificado de matrimonio del estado de Nevada que nos permitiría vivir como marido y mujer y recibir todos los beneficios y responsabilidades de la ley de esa ciudad del juego y el placer instantáneo.

La agencia matrimonial ofrecía un nutrido repertorio de ambientaciones para la capilla donde se celebraba la ceremonia que se extendía desde el estilo Elvis Presley al modo retro de los años cincuenta o los decorados áureos y versallescos de una boda real, pasando por el estilo gótico con tonos negros y morados y el entorno rojo y blanco de la pasión y la pureza. Nosotros elegimos un módico y discreto contexto blanco y sin dibujos con un trasfondo de música espiritual que procedía de los indios de Arizona, según nos dijo el gerente de la capilla.

Mientras se celebraba la ceremonia, yo sentía que me iba anegando progresivamente en la contradicción y que nunca iba a salir de aquella situación para mí inaudita, pero, después del fracaso de mi relación de la coherencia y el equilibrio que había intentado con Alba, Amy me ofrecía la opción de la convicción

sin preguntas ni dudas, el estar conmigo tal como me ofrecía, sin tratar de modificar lo que era y hacía. Cuando salimos de la capilla, Amy se abrazó a mí y me confesó que, desde la época en que nos habíamos conocido en los cursos de secundaria, siempre había estado enamorada de mí, a veces sin saberlo de verdad o sin querer admitirlo del todo. En el pasado no había querido reconocer que yo era el hombre con el que iba a pasar el resto de la vida, y me dijo que ella, en cuestiones de amor, era más bien tradicional y lo que prometía lo hacía sin reservas ni condiciones y para siempre y, sonriendo y como entre broma y en serio, me confesó que ya no podría liberarme de ella, que estaría siempre conmigo y con los fantasmas de mi tesis que probablemente concluiría un día no demasiado lejano, lo que me abriría las puertas para algún puesto modestamente remunerado en una universidad pública de algún estado del Midwest, en Iowa o Nebraska, entre los campos de maíz, la nieve y el hielo.

Cuando llegamos a nuestro pequeño motel Super 8 en una de las calles adyacentes al Strip, entendí que, si me había casado con Amy era porque estaba motivado a olvidarme de Alba y, si lo había hecho con aquella mujer sensual, rubia y generosa, era porque estaba justamente en las antípodas de lo que ahora comprendía era el epítome de la intolerancia y la arrogancia moral que representaba Alba con su crítica ininterrumpida de mis posiciones tibias y sin convicción frente a la firmeza férrea de principios inviolables que ella ostentaba sin la menor vacilación. Recordé que, en *Homenaje a Cataluña*, lo que me había impresionado de la relación de Orwell con su mujer en la época traumática y difícil de su herida en el frente de Aragón y luego posteriormente en las calles de Barcelona

durante la persecución de los militantes del POUM con los que él estaba afiliado, es que ella nunca cuestionara sus decisiones por más que pudieran ser arriesgadas e incomprensibles para ella. De manera distinta, Alba siempre había querido estar por encima de mí como un juez recto e inapelable.

Cuando volvimos a San Diego, me llegaron noticias de que el grupo al que pertenecían Quim y Alba había sido infiltrado por la policía y Quim había sido arrestado. Se les acusaba de estar preparando un atraco contra una Caixa en Granollers, una población próxima a Barcelona. Alba había sido arrestada con el grupo pero no había sido encausada porque no se había demostrado su complicidad en los hechos aunque sí se la había acusado de pertenencia al grupo. La intervención del cónsul americano, que había pagado la fianza, permitió que pudiera ser liberada de la cárcel. El caso había aparecido en los periódicos de Barcelona, aunque no se había citado su nombre ni había aparecido su foto, a diferencia de Quim cuya foto se había publicado extensamente en diversos periódicos. Tuviste suerte, me dijo Amy, cuando le comuniqué la noticia, saliste de Barcelona justo a tiempo y me encontraste cuando estaba preparada para estar contigo, antes no hubiéramos coincidido emocionalmente por más que hubiéramos estado uno junto al otro.

Le escribí a Alba, alarmado, confesándole que me angustiaba lo que le había ocurrido y le ofrecí enviarle dinero de inmediato e ir a Barcelona para ayudarla. Alba me contestó con un email frenético en el que me decía que estaba aterrorizada y que no sabía cómo iba a salirse de aquella situación completamente imprevista que la tenía paralizada. La noche que había pasado

arrestada en una comisaría de la Gran Vía había constituido para ella un descenso al Averno. La habían dejado incomunicada, sin poder hablar con nadie. La celda en la que la habían encerrado en los calabozos del recinto carecía de luz natural y olía fuertemente a orín pues por la noche algunos de los detenidos allí se habían visto obligados a orinarse en el interior porque los carceleros no atendieron a las llamadas para que los dejaran ir al lavabo.

La había interrogado un comisario siniestro que se ocultaba bajo unas gafas oscuras y el humo constante de un cigarrillo que estaba pegado a sus labios incluso cuando hablaba. Nunca olvidaré esa cara, me decía en su mensaje, aterrorizada, Emmanuel, nunca la olvidaré. El tipo me acusó de pertenecer a una de las células terroristas más peligrosas de la ciudad. Tenían grandes planes para atracar bancos y joyerías y poner bombas en la bolsa y otros lugares de los que vosotros llamáis templos del capitalismo, me dijo, gritándome con tono acusatorio. Yo estaba muerta de miedo y solo podía decirle que era una estudiante americana en un programa de intercambio para estudiar la cultura y la historia españolas y que había conocido a Quim por casualidad en una fiesta de la universidad, pero que no tenía nada que ver con todos aquellos proyectos que para mí eran demenciales.

“¿Y entonces qué coño hacías viviendo con ese loco que piensa que todos somos unos fascistas y no merecemos más que se nos destruya de la manera más rápida y expeditiva? Porque no me dirás que no hablabais de todos estos planes, lo único que le interesa de verdad de ti es que eres fácilmente manipulable, niña, a ti te había convertido a través de su

polla, no creas que estaba contigo por ti, eras solo una tapadera, una máscara para encubrir sus acciones y utilizarte para realizarlas.”

No te lo creerás, proseguía en su email, siempre me había considerado una persona fuerte y, sin embargo, estaba tan aterrorizada que me oriné encima mientras me hablaba ese comisario y él se dio cuenta y, en lugar de sentir compasión, me miró con desprecio mientras me orinaba en mis pantalones y por más que yo le decía que no sabía nada de todo lo que me estaba diciendo, él persistía en que yo estaba confabulada con mis compañeros para cometer el atraco del siglo en aquella ciudad que había sido, hacía muchos años en la época de los malhechores Durruti y Ascaso, la ciudad de las bombas y que había conseguido la paz gracias al esfuerzo ímprobo y clarividente de Franco.

Cuando acabó su perorata, miró mis pantalones y me dijo, ahora ya puedes ir a limpiarte, so guana, no te da vergüenza, hacértelo encima, como una tía de la calle cualquiera, eso es lo que eres, un putón callejero, con un tono insultante, para humillarme más, y yo sin poder defenderme, callando, nunca me había sentido tan impotente y hundida. Ahora me arrepiento de haberte menospreciado y haberte dicho que no eras valiente, que te faltaban principios, que no valías para la causa, ahora solo quiero volver a casa y olvidarme de esta pesadilla en la que me metí sin saber lo que hacía. Quim va a pasarlo mucho peor que yo, ya lo han ingresado en la cárcel y los cargos son graves, sedición, conspiración y terrorismo o algo por el estilo. No sé si les han descubierto armas, de ser así, todo sería aún más serio.

Nada más recibir este email, le pedimos al padre de Amy que nos ayudara a pagarle el billete de avión de regreso a Alba y él se avino de inmediato a ello. Alba iba todos los días a la cárcel Modelo donde se hallaba recluido Quim en espera del juicio. El padre de Amy, además, se ofreció a pagar los gastos del abogado de Quim. “Quim y yo tenemos ideas muy distintas de todo, reflexionaba calmadamente Andrew, pero en la juventud hay que hacer cosas que luego nos parecen inexplicables e insólitas de las que, si salimos más o menos bien de ellas, luego podemos sacar lecciones que nos sirven para siempre.”

Alba se sentía sola en la ciudad, había perdido a sus amigos más próximos, los que la apoyaban, y se había alejado de los compañeros del programa de estudios de la universidad. Se había convertido en una paria, la habían despedido del trabajo del colegio donde daba clases y no tenía otro modo de vida. Al mismo tiempo, no podía hacer planes de marcha porque tenía pendiente todavía un posible encausamiento judicial. He pasado a odiar esta ciudad que había amado con pasión -me escribía, desolada-. Paseo como un fantasma por sus calles y solo recibo la indiferencia de la gente. No me queda nada más que hacer aquí y al mismo tiempo no puedo marchar, estoy inmóvil. No puedo hacer nada por Quim y él solo me transmite su desesperación pues le pueden caer años de prisión por las acusaciones que pesan sobre él.

Cuando leía estas palabras de Alba, pensaba en los últimos días de Orwell en Barcelona en 1937, cuando él cuenta que, por miedo a sus enemigos políticos, no podía residir en ningún lugar fijo y se paseaba interminablemente por las calles. Cuenta que una noche tuvo que dormir en el patio

abandonado de una iglesia por temor a que lo mataran, como habían hecho ya con algunos otros compañeros suyos. Alba era también una desencantada de un gran sueño quimérico, como tantos ha habido en todo el siglo veinte. Hacía unos meses solamente había soñado en la llegada a aquella urbe milenaria que hundía sus raíces en la historia romana y había presenciado su esplendor y su violencia, la plenitud, la gloria y la decadencia de su historia. Y ahora solo pretendía salir de allí cuanto antes para tal vez no volver jamás. Yo le escribía asegurándole que aquella situación era solo momentánea, que todo pasaría y volvería a creer en sus proyectos y en los demás y ella me contestaba que la única idea que le consolaba era salir de la ciudad cuanto antes y eso podía llevar tiempo porque la justicia en el país es extraordinariamente lenta y, además, ella, como extranjera, no tenía ninguna prioridad sino todo lo contrario.

Una tarde, me contaba, hizo su última ascensión ritual a la montaña de Montjuic con una compañera del programa de estudios. Mientras ascendían en el teleférico, Alba lloraba, pensando en su casa de California junto al mar, en los paseos conmigo y con su perro. Desde la altura, podía abarcar toda la amplitud del puerto, el rompeolas, los grandes buques de la Transmediterránea, las gigantescas plataformas de los barcos de mercancías, los silos de grano y cereales, las grúas enormes, la estatua imperturbable y solemne de Cristóbal Colón señalándole con el índice el rumbo que debía seguir para liberarse del lastre que abrumaba su vida. Emmanuel, me escribía, sé que es demasiado tarde y no quiero interferir en tu vida, pero reconozco que fui injusta contigo. Me obstiné en una quimera que no es ya para nuestro tiempo. Una ilusión bella y

perfecta pero irrealizable. Lo siento. Me dijo que, desde la altura del castillo, le señaló a su amiga el emplazamiento de la tumba donde había sido enterrado Durruti antes de que fuera vandalizada al término de la guerra. Se le habían saltado las lágrimas, su proyecto estaba muerto como lo estaba el héroe del pasado. Un pasado que no podía resucitar y del que ella iba a despedirse para siempre. Se prometió que no volvería a aquel espacio que había venerado como el repositorio de una verdad histórica que ella había concebido como eterna.

Cuando Alba y su amiga descendieron de la montaña-cementerio y llegaron al Paralelo, había oscurecido y las luces luminosas de los teatros y cafés estaban encendidas con el mismo esplendor de todas las noches. Solo había cambiado ella, el resto del mundo seguía inalterable. Lo que había sido para ella durante mucho tiempo una ciudad de la utopía y los sueños absolutos en la que se había instalado para soñar y vivir al margen y por encima de la realidad, se había transformado en poco tiempo en un espacio ominoso del que solo quería escapar cuanto antes. Recordando las palabras de Emmanuel, pensaba en Orwell que había llegado a Barcelona para colmar su designio de hacer la revolución que había de producir una sociedad más igual y justa, y había tenido que marchar por la puerta de atrás, huyendo de sus propios camaradas y correvolucionarios que lo perseguían con el mismo ahínco que sus enemigos. Huir para tal vez no volver más. Escapar de un aparato policial que a ella se le aparecía torpemente sombrío y kafkiano y que, en los momentos de insomnio y soledad en la cama de su habitación oscura y fría, se había convertido en un obsesivo enemigo.

Esperaba junto al teléfono la llamada del consulado que le pudiera dar noticias de las gestiones en torno a su libertad de movimientos que le permitiría salir del país rumbo a casa. Eso y vivir pendiente de las noticias de Emmanuel que le llegaban en el ordenador. Era ya demasiado tarde para regresar con él y no quería abandonar a Quim a pesar de que sentía resentimiento, ya que por su culpa se había visto implicada en aquel sórdido asunto en el que ella no era responsable. Tal vez el día de su liberación no llegaría nunca o demasiado tarde, como les había ocurrido a otros estudiantes americanos que habían caído en desgracia en los países en los que habían llegado a estudiar una historia y cultura de las que se habían enamorado apasionadamente.

Iba a la Modelo los días de visita y le llevaba a Quim comida y fruta. Lo veía adelgazar en cada visita, cada vez más pálido y decaído, “puedo tirarme años aquí”, le confesaba Quim desesperanzado. “Mi abogado no es muy optimista, me dice que están en contra de los anarquistas, como siempre lo han estado, les damos miedo porque somos imprevisibles, porque no nos ajustamos a reglas y compromisos, quieren acabar con nosotros de una vez por todas, descabezarnos, inutilizarnos...”. Y Alba contemplaba su rostro a través de las rejas y se le caían las lágrimas por la impotencia y la culpabilidad de su irreprimible ambivalencia con respecto a él.

Finalmente, a través de la gestión del consulado, se aprobó su permiso de salida del país. Podía regresar a California con libertad bajo fianza. Una fianza que conseguimos reunir con la asistencia del padre de Amy. Él nos dijo que se encargaría de hacer la transferencia y lo hizo con tanta rapidez que Alba

recibió el dinero el mismo día que nos había dicho que lo necesitaba. Yo le había hecho una reserva anticipada con un billete abierto y pudo venir nada más finalizar los trámites para su libertad. Partió de inmediato, al día siguiente, sin ni siquiera hacer las maletas. Amy y yo fuimos a esperarla a su llegada al aeropuerto de Los Ángeles.

Cuando la vi aparecer por la rampa de salida en la terminal de los vuelos internacionales comprendí que Alba había cambiado para siempre y era una persona distinta de la que había dejado a mi marcha de Barcelona. Había adelgazado mucho y los rasgos de su rostro se habían hecho más profundos, me pareció que había envejecido en poco tiempo, como no lo había hecho en años antes. Al llegar, se abrazó a mí mientras lloraba y sollozaba al tiempo que me decía que ese era el mejor día de su vida y que a partir de ese momento todo iba a cambiar para ella. “Nunca olvidaré lo que has hecho por mí”, repetía insistentemente.

Amy se había quedado unos pasos atrás como si no quisiera interferir en lo que le parecía una escena que no le pertenecía. Después de abrazarse a mí, Alba se dirigió a Amy y le agradeció la ayuda de su padre, sin ese dinero no podría estar hoy aquí, le aseguró, yo no podía pagar la fianza y hubiera tenido que seguir en Barcelona, creo que me hubiera vuelto loca, cuando lo vea se lo voy a agradecer de verdad.

Amy asintió con un gesto de afecto y, abrazándola, le dijo que había tiempo para eso, que le convenía descansar, que podía quedarse en la casa de su padre en San Clemente. El mar te va a servir para relajarte, la tranquilizó, te levantas a la hora

que quieras, lees, te paseas por la playa, mi padre está solo y os haréis compañía el uno al otro.

El viaje de regreso a casa fue largo pues coincidimos con el tráfico denso de la tarde y el retorno a casa de los que trabajaban en Los Ángeles. Después de la impresión del primer encuentro, Alba había recuperado la jovialidad y me recordó a la mujer emprendedora del pasado. No sabéis lo que es pasar del amor al odio en cuestión de unos días, contaba con amargura. No pienso volver más a Barcelona. Sé que es injusto, pero las últimas semanas me asfixiaba allí en la ciudad, toda ella me parecía una prisión, las calles que antes me parecían encantadoras y llenas de sorpresas por descubrir y aprender de ellas, se volvieron odiosas para mí. Había perdido las ganas de comer y me pasaba horas en la cama sin poder dormir. Bajaba por las Ramblas y cuando veía a los turistas despreocupados y felices estaba a punto de gritarles que se equivocaban, que el peligro estaba a la vuelta de la esquina, que marcharan de allí cuando todavía estaban a tiempo de hacerlo. Aquella ciudad en la que había puesto todas mis esperanzas para una vida nueva y la creación de un mundo más justo y noble, era ahora para mí un infierno del que solo quería escapar. Me recluía en el pequeño cubículo de mi habitación y me quedaba inmóvil, incapaz de moverme y casi de pensar. Solo en esa inacción es como podía sobrevivir. No me sentía culpable de nada porque ni yo ni Quim éramos culpables de nada que no fuera el tener un ideal de libertad personal y colectiva que nos habían arrebatado los que temían el poder de nuestros actos. Siempre había sido así con los anarquistas. Su generosidad e ingenuidad les había llevado a grandes derrotas de las que no podían haberse resarcido nunca. Había dejado de ver aquella ciudad

que para mí encarnaba el libertarismo más puro como el núcleo de mi regeneración personal.

Cuando llegamos a casa estaba atardeciendo y el sol se ponía en un horizonte azul y rojizo que se reflejaba en el agua de la playa que llegaba mansamente hasta pocos metros de la casa de Andrew. Éste le había preparado la habitación del segundo piso de la casa desde la que tenía una vista directa del mar. Podrás descansar todo el tiempo que quieras, le dijo. Estoy jubilado y no tengo nada mejor que hacer que atender a los demás.

Alba le había dado las gracias efusivamente por su ayuda con la fianza, a lo que el padre de Amy respondió que no tenía ninguna importancia y que volvería a hacerlo si fuera necesario. Amy y yo dejamos a Alba en su nueva estancia y marchamos a casa sabiendo que ella había emprendido un proceso de reingreso en sus orígenes del que probablemente no regresaría más. Para ella, el retorno a Ítaca era probablemente definitivo, aunque, a diferencia del héroe clásico, el suyo era un regreso definido por la desolación y la pérdida más que por el gozo del reencuentro. Ella regresaba como una vencida a restañar unas heridas de las que tardaría largo tiempo en recuperarse. En Andrew encontró, sin embargo, una compensación que no había previsto. Una figura paterna en la que ampararse. Alba no había conocido nunca a su padre que la había abandonado a ella y a su madre para no reaparecer jamás. Y Andrew estaba disponible en ese momento para entregarle y compartir con ella los restos que le quedaban de su vida. Los encuentros lo son auténticamente cuando la convergencia de los tiempos personales de los que

se encuentran es precisa y exacta de manera que pueda realizarse la confluencia de unas crónicas personales frustradas hasta ese momento.

A mí el retorno de Alba y la reanudación de un camino en común del que nos habíamos separado me llenó de alegría. Pasaron unas semanas en las que Alba se fue restableciendo progresivamente y la vimos hacer proyectos para el futuro. Amy y yo nos habíamos propuesto ir a Barcelona para tratar de ayudar a Quim, pero nos llegaron noticias de que la acusación contra él era en firme y que no sería posible conseguir la libertad condicional para él como la habíamos obtenido para Alba. A diferencia de Alba, el destino de Quim quedaba fuera de nuestro alcance, aunque yo seguí manteniendo con él una comunicación irregular por correo.

A pesar de la suerte de mis compañeros, no abandoné el proyecto Durruti. Por el contrario, lo que les había ocurrido a mis amigos me impulsó a concluirlo. Me sentaba temprano por la mañana frente a mi ordenador y, rodeado de libros y fotocopias de periódicos y vídeos, no salía de la habitación donde trabajaba hasta avanzada la tarde. Gracias a mi experiencia en torno a Barcelona, había encontrado la motivación para perfilar la figura de un hombre que sabía excepcional pero frente al que no podía resistir sentir emociones encontradas. Decidí que, en lugar de negarme a reconocer esos sentimientos, lo que debía hacer era aceptarlos y tratar de canalizarlos y visualizarlos en mi tesis.

Amy insistía que debía manifestar mi punto de vista, que para escribir mi crónica, debía hacerlo no a partir de lo que

otros decían sobre Buenaventura sino de lo que yo sentía hacia él. Sabía que el profesor Robertson no estaría de acuerdo con mis propuestas, que le parecerían poco científicas y rigurosas, como si la historia fuese una ciencia y no solo una forma de narrar acontecimientos y darles un sentido a partir de la posición del narrador. Yo estaba narrando a Durruti y su ciudad y no iba a negarme a mí mismo y mi visión. Decidí que mi tesis iba a titularse, *Durruti en Barcelona. La revolución imposible*, un título impreciso y falso, me replicaría mi director de tesis, que aspiraba a que yo produjera la versión definitiva sobre Durruti y el anarquismo barcelonés más que la biografía existencial, imprecisa y abierta, de un héroe mítico de la guerra. Argumentaría que no podía resolver inequívocamente el enigma en torno a su muerte y el tormentoso destino de sus restos después de la entrada de las tropas franquistas en Barcelona. Tampoco hacía una evaluación unilateralmente elogiosa de su acción como sindicalista durante los años veinte en España y Latinoamérica ni en el periodo central de su actuación como líder obrero en Barcelona en los años treinta ni el periodo revolucionario en Aragón en los meses posteriores a julio de 1936.

En mi tesis, argüía que Durruti no era trasladable a nuestro tiempo porque los presupuestos de la sociedad tanto española como internacional habían cambiado radicalmente. Durruti era la consecuencia de un tiempo vertiginoso y caótico en el que la opción del compromiso y el acuerdo político se juzgaba como una muestra de debilidad en la relación con otro que se consideraba no como un oponente sino como un enemigo feroz. Como él mismo afirmaba, su conducta y la de los grupos de la CNT y la FAI se basaba en la desconfianza sin reservas de

los trabajadores hacia una clase política que no sabía incorporar las necesidades y el lenguaje de los que la sociedad veía como los desposeídos. Yo no justificaba en mi tesis la violencia, ni, claro está, el asesinato y la destrucción de la propiedad ajena. Me parecía terrible, en particular, el trato que habían recibido los religiosos en la ciudad durante los días caóticos de la revolución en Barcelona. Pero la empresa de Durruti fue dotar de voz y respeto a quienes, por su condición al nacer, habían carecido de ellos. Y lo había hecho a partir de su convicción primaria y primordial en el imperativo de la justicia para los que, como él, no habían dispuesto de los medios para llevar una vida que pudiera realizar su potencial individual. Por esa razón, a pesar de mis disidencias y desacuerdos con todo lo que había ocurrido en Barcelona y en otros lugares a manos de los elementos más indisciplinados de los grupos anarquistas, iba a concluir mi tesis presentando un perfil equilibrado, no moral sino humano y existencial de Durruti.

A medida que el profesor Robertson iba aprobando los capítulos de la tesis, yo me daba cuenta de que el mío se había convertido en un proyecto sobre el pasado, que tanto el periodo revolucionario de Barcelona como la guerra civil española y la propia causa del anarquismo se habían convertido en objetos arqueológicos. Amy tenía razón cuando me decía que los historiadores tratan con materiales muertos, que carecen de vida y que Buenaventura Durruti, el protagonista de mi manuscrito, solo podía vivir hoy como el recuerdo de una época remota, sobre todo para los jóvenes que no podían verse reflejados en ella porque las condiciones de vida habían cambiado por completo.

La defensa de mi tesis resultó mejor de lo que yo había anticipado en mis previsiones. Nunca llegué a convencer al profesor Robertson de algunas de mis posiciones respecto a Durruti y, en particular, no le persuadí de que Durruti había entrado en la historia grande del siglo XX precisamente a partir de su muerte enigmática en Madrid y su sacralización posterior por necesidades de la estrategia de guerra de las fuerzas republicanas. A mi director le era difícil aceptar que, de haber vivido como su compañero García Oliver, su figura se hubiera banalizado y burocratizado como la de otros héroes contemporáneos suyos. Esa era una de las grandes paradojas de la historia: era más generosa con los que le entregaban su sangre de manera imprevisible y trágica.

Los miembros del comité, algunos de los cuales procedían del campo de la historia europea y americana del siglo XX, no acabaron de comprender que Durruti hubiera aceptado incorporarse en la estructura militar de la República, la misma que le denegó las armas y los medios para conseguir sus objetivos militares en el frente de Aragón. Todos ellos concurrieron en que, como Orwell, Durruti era una persona demasiado excepcional y única como para convivir pacíficamente con el carácter burocrático y obtuso de los profesionales de la revolución que habían acabado adueñándose de los objetivos de la guerra. Lo que más les gustó a los profesores de mi comité es que había logrado reproducir la atmósfera política y humana de la ciudad en los años previos a la Guerra Civil y posteriormente durante la misma. Le dediqué la tesis a Quim y prometí enviarle un ejemplar, aunque no estaba seguro de que lo recibiría favorablemente. De todos modos, prefería hacerle mi

ofrecimiento porque en gran parte él me había descubierto aspectos de la conducta y acciones de Durruti que yo no hubiera podido intuir por mi condición de extranjero.

La actitud que me sorprendió más fue la de Alba. Quiso estar presente en la defensa de la tesis y, al acabar, me abrazó y felicitó con una emotividad que desconocía en ella. “Mi enhorabuena”, me felicitó, “porque has hecho tu proyecto, no el de los demás, sino el que tú querías hacer y como tú querías hacerlo, porque finalmente Durruti nos habla desde la historia y lo que nos dice en esa historia puede leerse e interpretarse de maneras diferentes y no solo de acuerdo a una única ideología igualmente válida para todos”. Con estas palabras, yo daba por cerradas mis divergencias con Alba, que son las que habían contribuido a nuestra ruptura en Barcelona.

El profesor Robertson fue menos magnánimo. Aunque aprobó mi tesis y la propuso para una mención honorífica, durante la defensa oral manifestó que no estaba de acuerdo con algunos de los puntos en torno a lo que el anarquismo había significado en la historia política de la Segunda República y de la Guerra Civil, en particular. Para Robertson, yo debería haber destacado más los propios errores de los anarquistas durante la República y la Guerra Civil al negarse a adherirse a la estrategia común de los otros grupos de izquierda. Para mi director, los anarquistas, en última instancia, pecaron de arrogancia y ceguera estratégica al no saber utilizar políticamente la fuerza numérica de la que disponían. En nombre de la pureza revolucionaria y la lealtad absoluta a los trabajadores, carecieron de la sutileza y flexibilidad que son consustanciales con el juego político. La acción directa fue

contraproducente y produjo su aislamiento de manera parecida a como el terrorismo en la actualidad sigue unos procedimientos que se vuelven contra los que los practican. En los años treinta, la violencia era un procedimiento político común en todo el panorama político europeo, desde Alemania e Italia hasta Francia e Inglaterra. Los anarquistas lo convirtieron en un acto purificador que proclamaba su compromiso con una reversión completa de todo lo que hasta ese momento había tenido un valor institucional.

Por la noche, celebramos la conclusión de mi tesis con una cena en casa del padre de Amy. El propio Andrew se había encargado de preparar unos platos mexicanos con enchiladas y mole poblano. Yo era ya Doctor en Historia. Después de múltiples aplazamientos, dudas y reconsideraciones, había obtenido un título con el que probablemente no podría hacer otra cosa más que dedicarme a la enseñanza, si tenía la fortuna de encontrar algún trabajo en algún pequeño *college* anónimo y olvidado en medio de la nada. Esperaba que no fuera Idaho o Dakota del Norte o uno de esos estados del país en los que el invierno empieza a finales de septiembre y no termina hasta principios de mayo. Amy ya me había asegurado que, con su título de Derecho, ella podía ejercer en cualquier parte y podía establecerse en un gabinete con otros abogados en cualquier ciudad donde yo encontrara trabajo. Ser Doctor en Historia con una tesis sobre el anarquismo español no me abriría ciertamente muchas puertas. De todos modos, no consideraba que había perdido el tiempo en el intento. Durruti y el anarquismo me habían sacado de mi soleado y benévolo medio californiano, me habían hecho conocer una ciudad cautivadora en la que la historia vivía en cada una de sus esquinas, me

había reencontrado con Alba, había conocido a Quim y finalmente me había enamorado de Amy. Además, sobre todo, todas aquellas personas me habían dejado una marca personal que nunca se borraría en mí, me habían hecho comprender que acercarse y tratar de entender a los que son muy distintos de mí mismo me había provocado el reconsiderar quién era y hallar principios distintos de los que, sin esa experiencia, yo hubiera podido encontrar. Me habían permitido también revivir y estar presente para siempre en el acontecimiento capital en mi crónica de un pasado al que no podría renunciar nunca:

La multitud, procedente de todos los puntos de la ciudad, de Sants, el Clot, las Corts, el Poble Sec, SantAndreu, Gracia, se había ido aglomerando en las calles adyacentes a la Plaza de Cataluña y las Ramblas y yo me había trasladado de mi pequeño piso en el Eixample, en Consell de Cent, y me encontraba allí entre aquellos hombres y mujeres que se habían puesto su mejor indumentaria para dar la última despedida a su héroe. El coche fúnebre se había detenido enfrente del comité central de la CNT-FAI, allí estaban todos los hombres de la CNT que habían colaborado con él en las luchas implacables y sórdidas contra los pistoleros del Sindicato Libre y allí estaba también el último de Los solidarios que quedaba con vida, Joan García Oliver, el que había proclamado, orgulloso, los derechos de la “pistola obrera” a devolver ojo por ojo y diente por diente la justicia en la que se habían comprometido los que se negaban a la pasividad y la resignación. Yo estaba entre ellos, y sentía el dolor de aquellas gentes que habían perdido a la mejor de sus figuras. Quería aproximarme hasta tocar el coche

donde se hallaba depositado el féretro de Durruti, pero me lo impedía la multitud hacinada en torno al vehículo cargado de coronas de flores. Las mujeres derramaban lágrimas y mantenían los puños en alto, algunos hombres susurraban en voz algunas estrofas de Hijos del pueblo, todos estaban sombríos y serios porque sabían que habían perdido al mejor y tal vez el más puro de sus defensores, el que no tenía ningún interés personal en aquella lucha, una pureza utópica y magnánima que le llevaría a la muerte y, con ella, la inmortalidad.



Camino lentamente entre la multitud, Ramblas abajo, hacia el puerto bajo el himno de la marcha fúnebre de Chopin y los puños en alto de algunos de los acompañantes de la comitiva, Orwell no está aquí conmigo, estará tal vez ya en el frente de Huesca, es el 23 de noviembre de 1936 y estoy presente en este momento decisivo de la que es

ahora mi ciudad. Nunca Barcelona había presenciado un funeral con una multitud tan grande y tan unida como en esta procesión fúnebre y este es probablemente el único momento en que toda la ciudad, hombres, mujeres y niños, se mantiene unida férreamente y clama venganza, retribución y muerte al enemigo. Nunca más la ciudad mostrará esta unidad, al contrario, luego lucharemos uno contra el otro y nos dispararemos unos a otros en un enfrentamiento que acabará desangrándonos y creará la desunión y el odio entre nosotros mismos.

Me he puesto un clavel rojo en el ojal de mi americana negra, el rojo de la rebelión, la fuerza y la vida, las mismas que le motivaron a él y le llevaron a la defensa de Aragón frente al enemigo. Si todos hubieran sido como él, tal vez el desenlace de la guerra hubiera sido distinto... Es un día oscuro y gris de noviembre, y ha empezado a hacer frío, yo tengo frío en esta mañana plomiza y opaca que no debería haber ocurrido nunca y siento tristeza por los que están a mi alrededor y por mí mismo porque sé que el futuro no va a ser especialmente prometedor y glorioso, y porque soy consciente de que nos aguardan a todos días, meses y años de padecimiento, indigencia y muerte. Al llegar al monumento a Colón veo que la multitud se ha subido a las estatuas de los leones de bronce y se ha encaramado a las gradas del monumento y distingo los barcos amarrados en el puerto, y sigo caminando lentamente hasta el nuevo cementerio de Montjuic y presencio el entierro de Buena Ventura, entre himnos y proclamas, tu existencia es un mundo de penas antes que esclavo prefiera morir, discursos y palabras; a las barricadas, y me doy cuenta de

que ha empezado a llover en esta mañana plomiza y opaca que embarga la ciudad y las gotas de lluvia me caen por mi rostro, y no hago ningún gesto para secármelas y se entremezclan, tal vez, con mis lágrimas y mi melancolía y nostalgia infinitas y, en ese mismo instante crucial en el que todas las fuerzas contrarias de mi vida parece confluir en un punto cósmico indivisible, me prometo a mí mismo y a todos los que están conmigo en aquella mañana plomiza y opaca de la ciudad de Barcelona que voy a transcribir la vida y hechos de este hombre y su ciudad para que su memoria perviva y derrote, y oblitere la desmemoria abrumadora de un tiempo impertérrito y hostil.



GONZALO NAVAJAS es escritor y profesor de literatura moderna y cine en la Universidad de California. Ha publicado varias novelas entre las que destacan *En blanco y negro*, *La última estación* y *La destrucción de la urbe*.

Es también autor de libros de teoría de la cultura contemporánea, literatura moderna y cine actual, entre los que se incluyen, en particular, *El paradigma de la enfermedad y la literatura del siglo XX*, *La utopía en las narrativas contemporáneas*, *La modernidad como crisis* y *Más allá de la posmodernidad*.

Gonzalo Navajas alterna su residencia y actividades profesionales entre Estados Unidos y Europa.